

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

EL ROBO DEL BANCO DE BENTON PLACE

Clark Carrados



EL ROBO DEL BANCO DE BENTON PLACE

Título Original: *El Robo Del Banco De Benton Place*

©1982, Carrados, Clark

©1982, Editorial Bruguera, S.A.

Colección: Punto Rojo 1055

ISBN: 9788402025203

Generado con: QualityEbook v0.86

Generado por: Nobalgina, 20/08/2018

CAPÍTULO PRIMERO

Barney Hart, afectuosamente llamado *Slim* por sus íntimos se sentía la mar de feliz. Cuando terminase su servicio, habría concluido una etapa de su vida y, tras unas cortas vacaciones, daría principio a otra.

No lo había pasado tan mal, a decir verdad, pero aspiraba a algo más que vigilar las calles vestido de azul. Era un trabajo que había aceptado en un momento de depresión, cuando, una vez conseguido el título en la universidad, se encontró con que no encontraba un empleo ni aun buscándolo con lupa.

Lo único que había a mano era la Academia de policía y se decidió a ingresar, con el fin de reprimir la acuciante necesidad de llenar el estómago tres veces al día. Era un hombre joven, robusto, de más de un metro ochenta, con una salud de hierro, y ello requería la ingestión de determinadas cantidades de alimentos, con regularidad y con las calorías suficientes para sostener la robusta estructura de su organismo.

Después de terminar su horario, entregaría la placa y la pistola y recibiría un certificado de buena conducta. Luego se tomaría un par de semanas de vacaciones, después de lo cual iniciaría la nueva etapa de su vida.

Habían sido tres años y se le habían pasado en un soplo. No lo lamentaba, ni mucho menos. Había adquirido experiencia de la vida y había visto cosas que jamás se imaginó pudieran suceder. Pero, en cierto modo, era un espíritu sedentario y deseaba entregarse a un trabajo más cómodo.

Y también menos peligroso, porque, en aquellos tres años, se había visto envuelto en no menos de cuatro tiroteos, de uno de los cuales salió con un balazo en un hombro que, afortunadamente, y debido a su excelente salud, había curado en pocas semanas y sin secuelas posteriores. Ahora sólo quería vivir tranquilo y...

Un coche se paró junto a la esquina en la que se hallaba en aquellos momentos. El conductor se apeó y le dirigió un amistoso saludo con la mano.

—Será cuestión de un minuto solamente, *Slim* —dijo el hombre—. Debo hacer una llamada urgente...

—No se demore mucho, señor Bryce —rogó el joven.

El llamado Bryce, entró en el bar situado en aquel punto. Vestía indumentaria de pescador y en el sombrero llevaba un montón de anzuelos y cebos de todas clases. Hart lo había visto muchas veces; Lyndon Bryce era un inveterado aficionado a la pesca y raro era el fin de semana que no se dirigía a su cabaña para dedicarse a la práctica de su deporte favorito.

Cuando cruzaba la puerta del bar, Bryce se colocó unos lentes de color. En aquel momento, Hart divisó a una anciana que se apoyaba en un bastón y que se disponía a cruzar la calle, y se apresuró a ayudarla.

—Gracias, joven —dijo la anciana, cuando estuvieron al otro lado—. Es usted muy amable.

—Es mi deber, señora —contestó Hart sonriendo.

En aquel instante, llegó una joven corriendo.

—¡Abuela! ¿Por qué has cometido esa imprudencia? —exclamó—. Te dije que me aguardases en el *Bong'* y que llegaría a las cinco en punto. Pasa apenas de un minuto y tú no has podido esperar...

—Me tomas por una inválida, ¿eh? Todavía puedo caminar...

Hart sonreía mientras contemplaba la pequeña disputa entre las dos mujeres. La recién llegada era la chica más preciosa que jamás había visto. De mediana estatura, tenía una figura encantadora, el pelo rojizo oscuro y los ojos azules más bonitos que nunca le habían mirado. La chica le dirigió una cálida sonrisa.

—Gracias por ayudar a mi abuela, agente —dijo—. Anda, vamos, vieja testaruda...

Hart se llevó la mano derecha a la gorra, sonrió y dio media vuelta para cruzar la calle nuevamente en sentido inverso.

Bryce salía en aquel momento del *Bong'*, que era el local mencionado por la chica. Hart estaba a mitad de la calle. Bryce le vio, pero no hizo el menor ademán.

Parecía un poco preocupado, apreció el joven. Había algo raro en Bryce, pero no supo verlo. Quizá eran sólo ilusiones suyas, se dijo. Aunque, a fin de cuentas, Lyndon Bryce era el director de uno de los bancos locales más reputados y quizá había recibido alguna noticia poco agradable.

En todo caso, podía ser preocupante, pero no importante, porque se iba a pescar, concluyó finalmente sus reflexiones.

Consultó su reloj. Le quedaban, exactamente, veintiocho minutos de ser policía.

Estaba equivocado.

Jess Parry era el vigilante nocturno del Banco y también se sentía satisfecho, porque todo marchaba bien. Permanecería allí hasta las siete de la mañana, hora en que le relevaría uno de los vigilantes del turno de día. Entonces, se iría a dormir...

Parry frunció el ceño al contemplar la enorme cortina de plástico que cubría toda la pared donde estaba la caja fuerte. Había sido idea del director del Banco. Durante toda la semana, habían estado los pintores, pintando el Banco por dentro. A Parry le parecía que no hacía falta, pero, claro, no era el que mandaba.

La cortina tenía un objeto: preservar la caja fuerte de posibles manchas de pintura. Las manchas podrían salir fácilmente, desde luego, pero tal vez alguna gota podía caer sobre las ruedas de la combinación o alguna bisagra y estropear los delicados mecanismos de apertura. Bien mirado, era una precaución muy útil.

De pronto, se acercó a la cortina y levantó una punta. La caja fuerte, alta de más de dos metros y casi otro tanto de ancha, estaba allí, brillante, pulida, hermética, conteniendo en su interior tesoros que Parry no se atrevía a imaginar siquiera. Pero aquella caja, se dijo, era tan inexpugnable como Fort Knox, el lugar donde se guardaba el oro de los Estados Unidos.

Las luces, repentinamente, oscilaron y se apagaron. Parry se alarmó y encendió inmediatamente la linterna que colgaba de su cinturón. Luego buscó el interruptor de las luces de emergencia, pero no obtuvo el menor resultado.

—Un apagón muy inoportuno —masculló.

Había más lámparas de reserva y las buscó, encendiendo la mitad y dejando la otra mitad de reserva, por si se prolongaba demasiado la falta de luz. Cuando hubo terminado, se dirigió a la puerta de cristales y miró a su través.

La calle estaba completamente a oscuras. Parecía como si la ciudad de Benton Place hubiera sido repentinamente borrada del mapa. Un tanto nervioso, Parry rozó con los dedos la culata de su revólver. Sin luz, los sistemas de alarma no funcionarían y...

Pero la caja era de apertura con reloj, que no daría la hora hasta las nueve del lunes siguiente. Si querían abrirla, tendrían que emplear una cantidad de dinamita tal, que harían inútil la operación, porque lo único que conseguirían sería volar toda la manzana de edificios. Aun sin luz, la caja estaba completamente segura.

—Gracias, amigo.

La luz, efectivamente, llegó en el plazo indicado y Parry se sintió sumamente satisfecho. Miró el reloj; en total, habían sido poco más de sesenta minutos de oscuridad. Pasado el nerviosismo, Parry se dispuso a consumir el bocadillo de la medianoche.

El resto de la jornada nocturna transcurrió sin incidentes. Pero a la noche siguiente, poco después de las once, Parry se sintió atacado por una somnolencia irresistible.

Nunca le había pasado nada semejante. Debía de estar muy cansado, sólo que no lo había notado hasta entonces. Todo estaba en orden y se dio cuenta de que se caería redondo, si no procuraba evitarlo. Buscó un sillón en un lugar discreto y se sentó. Si le encontraban dormido, lo despedirían..., pero nadie, jamás, había ido por la noche al Banco. ¿Quién iba a intentar robar una caja fuerte absolutamente invulnerable?

Cuando despertó, eran las cinco de la mañana. Sintió la boca seca y con mal gusto, pero no le concedió importancia. Sin embargo, se enojó consigo mismo, por haber dormido tantas horas.

Un tanto aprensivo, fue hacia la caja, descorrió la cortina y echó un vistazo al otro lado. Si, la caja seguía intacta.

Y si alguien hubiera intentado robarla, los timbres de alarma habrían sonado con tal fuerza, que habrían sido capaces de despertar hasta los muertos del cementerio de Benton Place, que estaba a cinco kilómetros de distancia.

Barney Hart también despertó, pero más tarde y le extrañó sentir un ligero mal gusto de boca, aunque lo achacó a problemas de digestión. No le concedió importancia al detalle y, sintiéndose exultante y lleno de vida, saltó de la cama y corrió a meterse bajo la ducha, cantando a grito pelado.

Alguien protestó al otro lado, golpeando el tabique con fuerza, y el joven rebajó el tono de su voz, mientras pensaba disgustadamente cosas nada agradables hacia los constructores de apartamentos modernos.

—Deben de hacerlo con papel —rezongó, mientras se frotaba el cuerpo mojado con la toalla.

Ya no tenía que pensar en volver a ponerse el uniforme. Había dado comienzo a sus vacaciones y se sentía poco menos que en la gloria.

* * *

Pareció que el lunes iba a ser un día como todos los demás. Uno a uno, los empleados del Banco fueron acudiendo a su trabajo, haciendo diversos comentarios sobre política, deportes o, simplemente, lo que habían hecho en sus respectivos fines de semana. El director y el cajero llegaron también puntuales, apenas cinco minutos antes de las nueve.

Cada uno de los empleados se dispuso a ocupar su puesto. El director, el cajero y el ayudante de éste se dirigieron hacia la cortina

que ocultaba la paja. El director adjunto se unió al grupo.

—Mark, hoy mismo habrá que quitar la cortina —dijo Bryce.

—Bien, señor —contestó el director adjunto.

El ayudante del cajero descorrió la cortina y la caja fuerte quedó al descubierto. Luego, como si fuese parte de un ritual, todos consultaron sus relojes al mismo tiempo.

Los últimos segundos transcurrieron en silencio. En la sala principal había un carillón y empezaron a oírse las primeras campanadas musicales de las nueve.

Cuando cesaron los sonidos, se oyó un chasquido, que indicaba ya se podía abrir la caja fuerte. El cajero manipuló los últimos controles y luego tiró de la manija que hacía girar la pesada puerta.

Un extraño sonido penetró en el Banco a través de la puerta abierta de la caja fuerte. Todos los presentes se quedaron estupefactos al oír voces y gritos y risas de chiquillos que jugaban en el exterior.

Bryce estaba a un lado y sus ojos se dilataron por el asombro. El cajero se puso a temblar convulsivamente.

—Dios mío, no...

De pronto, sufrió un colapso y cayó al suelo redondo. El ayudante no se movía siquiera, convertido en una estatua, petrificado por el asombro que le causaba algo que hasta aquel momento le había parecido inconcebible.

El director adjunto se tapó la cara con las manos. Bryce dio dos pasos, se asomó a la caja y entonces algo le dio en pleno rostro con tal fuerza que le hizo caer sentado al suelo.

Algunos empleados, atraídos por la curiosidad, se habían acercado y creyeron soñar al ver el balón de fútbol que salía de la caja fuerte y daba en la cara del director. Uno de ellos se asomó también, miró a través del hueco y vio a varios chiquillos que jugaban en el descampado contiguo.

—¡Hurra, hurra! —gritó uno de los chicos—. ¡He metido un gol!

Otro se acercó a la caja, por la parte posterior y miró sonriendo al aturdido empleado.

—Lo hicimos sin querer, señor —se disculpó—. Por favor, ¿quiere devolvernos el balón?

El empleado tenía la boca abierta de par en par. La enorme caja fuerte estaba completamente vacía. Sólo quedaban las paredes metálicas, absolutamente limpias, vacías por completo de todo su contenido.

Faltaba una pared, la del fondo, naturalmente.

CAPÍTULO II

Remaba tranquilamente en su barca, buscando un lugar apropiado para lanzar el anzuelo, cuando, de pronto, divisó el bulto que flotaba lentamente en las aguas mansas. Ed Crelly frunció el ceño y se dijo que ya podía despedirse de su jornada de pesca.

El bulto resultó ser el cuerpo de un hombre que flotaba boca abajo. Debía de ser un pescador de fin de semana, dedujo Crelly. Remó en dirección al cuerpo y se inclinó para tocarlo. No se movía en absoluto, de modo que era fácil deducir que estaba muerto.

Crelly no podía izar el cadáver a la barca. Ya no tenía fuerzas para ello y, aunque, las hubiera tenido, habría corrido el riesgo de hacer volcar la embarcación. Pero había una solución para llevar el cuerpo a la orilla.

Sujetó la caña a la barca y luego enganchó un anzuelo a las ropas del muerto. Luego remó despacio hasta la orilla, saltó a tierra firme, amarró la barca y después tiró del hilo, hasta que tuvo el cuerpo al alcance de su mano. Con un par de tirones más, consiguió sacarlo fuera del agua.

Lo dejó tal como estaba, no quería líos. Estaba muerto y nada que pudiera hacer conseguiría devolver a la vida a aquel desgraciado. Rezongando entre dientes sobre la inoportunidad del suceso, recogió los trabajos de pesca y se dispuso a. notificar a la policía el hallazgo del pescador muerto.

* * *

Se levantó relativamente tarde y fue al baño. Cuando terminaba de asearse, oyó un extraño sonido al otro lado del tabique.

Alguien sollozaba en el apartamento contiguo. Parecía una mujer, sin duda la misma que le había reprendido en otras ocasiones, cuando cantaba demasiado alto.

La mujer debía de hallarse, sin duda, bajo la pesadumbre de algún suceso poco agradable. La compadeció íntimamente, a pesar de que nunca la había visto.

—Es curioso, vivimos en la primera planta y nunca nos hemos cruzado —murmuró.

O, a lo mejor, sí se habían visto, pero no conseguía ahora localizar por la memoria a su afligida vecina. De pronto, se dijo que era deber de todo buen vecino ayudar a alguien que se encontraba en apuros. Al menos, debía intentarlo.

Terminó de vestirse, salió del apartamento y llamó a la puerta del contiguo. A los pocos momentos, oyó pasos que se acercaban.

La puerta se abrió. Hart se quedó estupefacto al reconocer a aquella preciosa muchacha, a cuya anciana abuela había ayudado a cruzar la calle en la tarde del viernes.

—¡Usted! —exclamó, sin poder contenerse.

—¿Me conoces?

—La vi el viernes, cuando discutía con su abuela... Yo era el policía que la ayudó a cruzar la calle...

—Ah, sí, ahora recuerdo. ¿Desea algo?

Un tanto turbador, Hart bajó la vista y se contempló la puntera de los zapatos.

—Verá, señorita... Los tabiques de esta casa son tan delgados... Usted, a veces, usted me llama la atención cuando canto demasiado fuerte... Y yo la he oído llorar y pensé que estaría en apuros... Si puedo ayudarla en algo, lo haré con mucho gusto...

En los ojos de la chica había todavía abundantes huellas de llanto. Durante unos segundos, se sintió perpleja, vivamente sorprendida por lo que acababa de escuchar.

—Me llamo Barney Hart —añadió el joven.

—Y es policía —dijo ella.

—Ya, no; el viernes dejé de pertenecer a la policía. Pero es lo mismo; tengo buenos amigos en el cuerpo...

—Dudo mucho de que sus amigos puedan ayudarme —contestó la chica—. ¿No ha oído hablar del robo del Banco?

—No, en absoluto. Anoche me acosté muy tarde y acabo de levantarme...

El joven se volvió. Enormemente asombrado, reconoció a los dos hombres a quienes menos hubiera esperado ver en el pasillo de su casa: el jefe de policía Dickson y el capitán

* * *

—Sabemos que usted ha dimitido —dijo Dickson, después de que Hart hubiese servido sendas tazas de café—. No nos opusimos a su dimisión, porque sabíamos que era por su bien y entendíamos lógico que quisiera progresar. Pero le rogamos aplaze su dimisión durante un tiempo.

—Señor, dentro de dos semanas, tengo que incorporarme a mi

nuevo empleo... —alegó el joven.

—Conozco al que va a ser su jefe. Somos excelentes amigos y le hablaré discretamente, para que le siga guardando el puesto hasta que usted haya terminado el trabajo que queremos encomendarle.

—Si no hubiera dimitido, pensábamos ascenderle a detective y pasarlo a la División de Robos —terció el capitán Wood.

—Gracias, pero sigo sin entender...

—Es bien sencillo, Hart. El *City Bank* ha sido robado, expoliado de tal forma, que no ha quedado en la caja ni el papel suficiente para anotar un número de teléfono.

—Se han llevado todo, absolutamente todo lo que había en su interior, incluyendo las estanterías —explicó Wood.

—Según el director, había cosa de tres cuartos de millón en billetes, millón y medio en valores, gran parte de los cuales son fácilmente negociables, más el contenido de las cajas de alquiler, cuyo valor es incalculable, porque se desconoce lo que había en la mayoría de esas cajas. En resumen, era el tesoro de Ali-Babá y ha desaparecido tan completamente, como si hubiese sido un papel de fumar al que se hubiese aplicado una cerilla encendida.

—Habrán quedado las cenizas, señor —sonrió Hart.

—La caja fuerte vacía son las cenizas de ese papel de fumar —dijo el jefe Dickson—. Bien, muchacho, conozca ahora nuestra petición. No le oculto que actuamos un poco a la desesperada, lo cual puede influir en su opinión sobre nosotros. Sin embargo, pensamos que es un caso en el cual debemos actuar sin reparar en medios.

—Usted ha dimitido y es una noticia que se ha hecho pública —intervino Wood—. Simplemente, le pedimos que actúe como agente encubierto, extraoficialmente si prefiere llamarlo así, pero en contacto continuamente con cualquiera de nosotros dos.

—Es una operación planeada y ejecutada por profesionales de gran valía —continuó Dickson—. Lo han hecho con suma limpieza y sin que nadie notase nada extraño, ni siquiera el vigilante nocturno del Banco. Pero, sinceramente, el capitán Wood y yo sospechamos que debe de haber involucrado algún miembro del departamento de policía. Si se supiera que usted actúa como agente encubierto, podría tener dificultades en sus investigaciones.

—Pero yo carezco de experiencia —alegó Hart—. Ni siquiera sé por dónde empezar y, como es lógico, no podré recurrir a los archivos...

—Cuando necesite algo de los archivos, llámeme a mí o al capitán Wood. Le daremos dos números de teléfono, reservados, y estableceremos una contraseña de reconocimiento.

—Usted ni siquiera tendrá necesidad de aparecer por jefatura —

dijo Wood—. Nadie, sino nosotros y usted, sabrá que trabaja en este caso.

Dickson sacó un sobre y lo puso en las manos del joven.

—Mil dólares para gastos —indicó—. Naturalmente, su sueldo como detective de segunda clase corre a partir de este momento. Más adelante, podrá justificar dietas y gastos y tenga en cuenta que el Banco y las compañías de seguro ofrecerán importantes recompensas, parte de las cuales, si no todas, pueden ser para usted.

—Sin experiencia... —insistió Hart.

—Parece una desventaja, pero no lo es —manifestó Wood—. En primer lugar, nadie sabe que trabajará en el caso. Y, en segundo, usted tiene la mente libre de prejuicios y hábitos rutinarios, propios de los policías que llevan muchos años en el cuerpo. Tendrá otros puntos de vista, distintas perspectivas y eso puede favorecer las investigaciones.

—Veo que no me puedo oponer...

—Se lo suplicamos, *Slim* —dijo Dickson, dando al joven el tratamiento que le aplican sus amigos.

—En tal caso, acepto, pero no garantizo el éxito, señores.

—Usted forma parte de las soluciones que hemos ideado para encontrar a los ladrones y recobrar el botín —manifestó Wood—. Puede que no tenga éxito, pero sí estamos seguros de que encontrará pistas valiosas.

—Eso es confiar demasiado en mí —sonrió el joven—. Pero ¿cómo diablos pudieron «limpiar» la caja fuerte?

—Actuaron por detrás, en el descampado que hay a espaldas del Banco. Debieron de utilizar herramientas muy sofisticadas y, no cabe duda, eran expertos en muchas cosas. Cortaron primero la pared, a pesar de que hay casi treinta centímetros de cemento, luego atacaron la parte posterior de la caja fuerte, cortaron el metal y se abrieron paso hasta los tesoros que había en el interior.

—Pero los sistemas de alarma...

—No funcionaron.

—Alguien los desconectó.

—Sí, desde el exterior.

—Tengo entendido que la caja de conexión de los sistemas de alarma tiene, a su vez, una alarma...

—Tampoco funcionó. Los sistemas de alarma se conectan desde el interior del Banco, desde luego, pero sólo si llega corriente eléctrica. Y los cables de alimentación de la alarma estaban cortados, aunque aparentemente intactos, porque los unieron con cordones que imitaban a los eléctricos y que, naturalmente, eran aislantes.

—Pero ¿no necesitaron un camión grande o algo por el estilo, para llevar primero las herramientas y luego el botín? Un camión de

gran potencia, en la noche, hace ruido...

Dickson suspiró.

—Como sea, nadie lo oyó, ni siquiera el vigilante del Banco. Muchacho, no le niego que nos encontramos ante el enigma de más difícil solución que hemos conocido en nuestra vida profesional. Si no resolvemos el caso, si no encontramos a los ladrones y recobramos el botín, ya podemos dedicarnos a pedir limosna —dijo lúgubrementes.

Hart se quedó solo poco después. Mientras se abanicaba con el sobre que contenía los mil dólares, pensó que le habían arrojado una patata caliente al regazo y que, honestamente, no podía negarse a lo que le habían solicitado.

Pero, al mismo tiempo, se sentía sin fuerzas para llevar a cabo aquella importante misión.

—Y, sin embargo, confían en mí —murmuró.

De pronto, sacó el pecho. Encontrar a los ladrones y recobrar el botín era una especie de reto, un desafío al que no podía dejar de hacer frente.

Y quizá el capitán Wood tenía razón. El contemplaría los hechos libremente, sin prejuicios, despojado de hábitos rutinarios...

Pero ¿por dónde empezar?

Repentinamente, se acordó de su afligida vecina.

CAPÍTULO III

Amanda apareció en el umbral, algo más compuesta, pero resultaba evidente que aún no había podido superar el choque de la pérdida de una enorme fortuna en joyas. Hart sonrió afectuosamente.

—Dispéñeme que la moleste, Amanda, pero me gustaría hablar con usted sobre el robo del Banco —manifestó.

—Verá, es que yo... —contestó ella, titubeando.

—Por favor, se lo ruego. Dije antes que tengo buenos amigos en la policía. Deseo ayudarla, créame.

Dentro del apartamento sonó una voz chirriante.

—Amanda, ¿con quién estás hablando?

—¡Un momento, abuela, ya voy! —contestó la chica—. Está bien, señor Hart, pase usted...

—Llámeme *Slim* —sonrió él.

Amanda echó a andar hacia el interior. Hart penetró en el apartamento y vio a la anciana sentada en un butacón, con las manos en el puño de su bastón.

—Abuela, te presento a Barney Hart, nuestro vecino. *Slim*, mi abuela, Winnifred Sparkston.

—Hola, chico —dijo Winnifred—. Tú eres el que me ayudaste a cruzar la calle el otro día, si mal no recuerdo.

—Recuerda usted perfectamente, señora Sparkston —sonrió Hart—. Me he enterado de la desgracia que aflige a su nieta y deseo ayudarla.

—Esa desgracia nos aflige a ambas —rezongó la anciana—. Pero ¿qué puedes hacer tú, si has dimitido de tu empleo, según me dijo Amanda hace algunos minutos?

—Abuela, *Slim* conserva buenos amigos en la policía —alegó la chica.

—Ya entiendo. Bueno, de todas formas, no creo que puedas hacer nada —dijo Winnifred—. Teníamos un millón de joyas y han volado como si fuesen plumas de gallina en medio de un vendaval.

—Hay compañías de seguros... —empezó a decir Hart.

—No estaban aseguradas —declaró Amanda.

—La verdad es que las tuve siempre en casa, hasta el viernes

pasado, en que decidí traerlas al Banco —manifestó Winnifred—. Pensaba venderlas, excepto algunas que regalé a Amanda. A mí ya no me sirven y no tienen valor artístico. Por supuesto, poseen el valor de las piedras preciosas y el oro y la plata de las monturas, pero nada más.

—A pesar de todo, es un millón de dólares —dijo Hart—. ¿Tenían ya comprador?

—Sí, claro; de lo contrario, no las habríamos sacado de casa —contestó la anciana—. Es un tipo raro; pidió que la operación se realizase en la ciudad; por eso alquiló Amanda este apartamento.

—Del cual nos mudaremos hoy mismo —dijo la muchacha.

—Realmente, fue una idea catastrófica. Las joyas estaban mucho más seguras en nuestra casa...

—¿Dónde viven ustedes? —preguntó el joven.

—En Old Mill Road, casi al final.

Hart conocía muy bien aquella avenida, bordeada de olmos y robles centenarios, y en la que había numerosas mansiones del siglo pasado, algunas de notable belleza arquitectónica y a las que, por fortuna, no había atacado aún la piqueta del progreso y el cáncer de la especulación. Era ésta una frase que había oído decir tiempo atrás a un político en época de elecciones y, aunque pedante y pretenciosa, le parecía sumamente ajustada a las circunstancias.

—De modo que viven allí y tuvieron que traer las joyas al Banco —dijo, pasados unos segundos.

—Sí —contestó Amanda—. En los últimos tiempos, hemos tenido dos intentos de robo. En una ocasión nos envenenaron los perros, pero uno de ellos ladró muy fuerte antes de morir y por eso huyeron los ladrones. Entonces, el comprador nos aconsejó que guardásemos las joyas en el Banco.

—Pero tenían que entrevistarse aquí y no en la casa de Old Mill Road. ¿Por qué?

—Dijo que el apartamento estaba más cerca del Banco y que los riesgos serían menores, tanto a la ida como a la vuelta. Él quería examinar las joyas más a fondo, sin prisas, a fin de informar a sus socios... Lo peor de todo —suspiró la chica— es que no estaban aseguradas.

—Nunca me hizo falta asegurarlas —refunfuñó Winnifred—. Las tengo desde tiempo inmemorial y en mi casa estuvieron tan seguras como en el Banco. Si no hubiese tenido la insensata idea de venderlas...

—Realmente, ¿les hacía falta el dinero? —inquirió Hart.

—Un poco sí, pero ya, puestos a vender... —dijo la anciana.

—Bien, ahora sólo falta que me digan el nombre del comprador.

—¿Cree que puede estar complicado en el robo del Banco? —preguntó Amanda.

Hart sonrió.

—Nunca se sabe... Por favor, el nombre.

—Se llama Gill Moyne y vive en el número cuatro mil seiscientos doce de Chestnut Avenue —dijo la muchacha.

* * *

Con el aire de viandante despreocupado, Hart fue mucho más tarde al lugar donde se había producido el robo y en torno al cual se había reunido una ingente muchedumbre. Había dos camiones de sendas emisoras de televisión, otros dos de emisoras de radio, periodistas de toda clase y los fotógrafos apenas si paraban un momento de impresionar placas.

La zona había sido acordonada y estaba vigilada por numerosos policías de uniforme. Los expertos se movían ahora por la explanada que había frente a la parte posterior del Banco, buscando huellas que les permitiesen encontrar una mínima pista para localizar a los ladrones. Hart se abrió paso a codazos hasta llegar a la primera fila. Un policía le vio y quiso pararle, pero se contuvo al reconocerle.

—Estás de suerte, *Slim* —dijo—. Has dimitido justo a tiempo de evitarte este inmenso follón.

—Sí, ya sé que alguien ha organizado una buena —contestó el joven con aire trivial—. Fue por aquí donde saquearon el Banco, ¿eh?

—Lo han hecho con habilidad que pasma. Ni una huella, ni siquiera una rodada de neumáticos, ni un mal palillo de dientes abandonado... ¿Ves aquel boquete? —El policía señaló la enorme abertura que los ladrones habían practicado en la parte posterior del Banco—. Para derribar esa pared, se necesitarían unas cuantas cajas de dinamita y ya ves, ellos lo han hecho como si en vez de cemento hubiese mantequilla. Y eso sin contar con el acero de la caja fuerte...

—¿Has oído alguna hipótesis sobre los ladrones, Benny? —preguntó Hart.

—Nada, en absoluto. Nadie tiene la menor idea de quiénes son ni siquiera cómo lo hicieron. —Benny Drane bajó la voz—. En confianza, ¿sabes lo que a mí me recuerda esto?

—No, dímelo tú, ¿quieres?

—Yo he intentado insinuárselo al teniente y por poco me corre a patadas, así que ya no he querido decir nada y allá se las entiendan ellos. A fin de cuentas —Benny soltó una cínica risotada—, mis modestos ahorros están en otro Banco... Bueno, lo que yo pienso es que esto parece el resultado de una operación militar. Sí, Slim, como

esas películas de comandos que asaltan el cuartel general del enemigo, en una operación que han estudiado a fondo durante semanas enteras, y luego la ejecutan sin cometer un solo fallo... Naturalmente, cuando ya han conseguido los planos secretos, un centinela se despierta, da la alarma y se organiza una buena ensalada de tiros, pero aquí no ha habido esa segunda parte. Sólo el robo, y, ¡puf!, los ladrones y el botín, ¡humo!

Hart se pellizcó el labio inferior, muy pensativo después de haber escuchado la teoría de su amigo. El joven se inclinaba a dar la razón a Drane, aunque, por razones obvias, no podía divulgar cuál era el papel que él podría jugar en aquel caso.

El suelo de la explanada era de tierra batida y el tiempo era muy seco desde hacía semanas. Por tanto, el suelo estaba duro y si se había empleado algún vehículo pesado, las huellas se habrían marcado muy poco. Una vez consumada la operación, algunos de los miembros de la cuadrilla habrían borrado las huellas..., pero ¿cómo diablos podían haberlo hecho, sin causar el menor ruido?

—Trabajaron bien, Benny —convino la voz neutra—. Sin embargo, hay algo que me extraña.

—¿Qué, Slim?

—Se supone que el robo fue ejecutado durante la noche. Pero tuvieron que tardar bastante tiempo. Dejando de lado que las alarmas no funcionaron, ¿cómo es que nadie oyó el-menor ruido?

—No lo sé, no me lo explico. Yo también pienso que tuvieron que hacer algo de ruido a la fuerza, pero nadie oyó nada. Fíjate, la avenida está al otro lado del Banco. Hay casas, viviendas, un cine, una gasolinera... y nadie, absolutamente nadie, oyó el menor sonido. ¡Caramba, se diría que todo el mundo dormía a pierna suelta en aquellos momentos! Y siempre hay alguien dispuesto, ¿no te parece?

Hart asintió. Sí, era muy extraño. Por muy cuidados que hubieran sido los ladrones, por mucho empeño que hubiesen puesto en actuar en silencio, habían usado herramientas y equipo forzosamente ruidoso. Un camión pesado no se movía precisamente con la misma suavidad que un *Rolls Royce*, pensó; y para transportar todo el contenido de la caja fuerte, habían necesitado algo más que una furgoneta ligera.

Sonriendo, palmeó las anchas espaldas de su amigo.

—¡Que Caco te sea leve, Benny! —deseó jovialmente.

—¿Quién es Caco? —preguntó Drane—. ¿Tiene algo que ver con este asunto?

—Era el dios de los ladrones en la mitología griega —rio Hart.

Drane meneó la cabeza.

—Las cosas que ignora uno...

Un par de curiosos querían adelantarse demasiado y los hizo retroceder con buenos, pero enérgicos modales.

—Atrás, atrás, por favor; no estorben la acción de los hombres de la ley... Retrocedan, señores...

Mientras, Hart daba la vuelta al edificio, para salir a la avenida, deteniéndose en el borde de la acera. El tráfico era bastante intenso y los automóviles circulaban con toda normalidad,

Al otro lado había una gasolinera con cafetería. La distancia al Banco era de unos ochenta metros, ya que la avenida era muy amplia. ¿Era posible que desde allí no se hubieran percatado de unos trabajos que habían durado varias horas? No los habrían visto, porque les tapaba el edificio del Banco, pero a medianoche, cuando el tráfico era poco menos que nulo, algo tenían que haber oído.

Y no había sido así.

—¿Por qué?

Buscó un par de peatones, cruzó la avenida y entró en la cafetería. Tras sentarse en un alto taburete, pidió una taza de café a una camarera pechugona, rubia, de mirada ansiosa y labios ardientes.

—¿Sólo quiere beber eso, buen mozo? —preguntó ella.

—Es demasiado temprano para beber algo fuerte. Además, nunca me gusta hacerlo solo.

—Tampoco me gusta a mí —contestó ella—. Aunque, claro, no siempre necesito compañía para echar un trago.

—Sin duda, es muy cuidadosa para elegir la compañía.

—Puede tenerlo por seguro...

La rubia se alejó para atender a otro cliente. Al cabo de unos momentos se volvió y apoyó los codos en el mostrador. Se había desabrochado dos botones de la blusa y parecía muy orgullosa de enseñar algo realmente atractivo.

—Hemos tenido un buen follón ahí enfrente, ¿eh? —comentó.

—Sí. Parece que dieron un buen golpe —repuso Hart con aire indiferente.

—Fueron unos tipos muy hábiles. Nadie vio ni oyó nada, ni siquiera yo, y eso que aquella noche estaba aquí, sirviendo a la clientela. Claro que no había muchos clientes y hasta un momento en que me quedé completamente sola... Me llamo Sadie —sonrió.

—Barney, pero puede llamarme *Slim* —dijo él—. De modo que se quedó sola...

—Sí, los postes de gasolina son automáticos y la sirven con monedas. Yo me atrincheré aquí y... Bueno, hubo un momento en que me sentía más aburrida que una ostra y me quedé dormida. ¿Quiere creer que cuando desperté eran ya más de las seis de la mañana? ¡Es increíble, casi siete horas y durante ese tiempo no vino nadie a

despertarme para tomar una maldita taza de café!

A Hart no dejó de chocarle el detalle, pero tenía que hacer algo con cierta urgencia y se dijo que necesitaría hablar más extensamente con la camarera.

—Sadie, ¿a qué hora vengo a buscarla con una buena botella? —sonrió.

Ella movió ligeramente la cabeza.

—Terminaré a las cuatro de la tarde —contestó.

Hart dejó una moneda sobre la barra.

—Traeré una botella de lo bueno —prometió.

CAPÍTULO IV

La avenida Chestnut era muy larga y el número que Amanda le había indicado estaba al final. Hart cogió su coche y se dispuso a visitar al extraño comprador de un millón en joyas. ¿Era, tal vez, un miembro de la banda que había inducido a dos crédulas mujeres a llevar las joyas al Banco, sabiendo que iba a ser robado?

Otro dato que martilleaba su cerebro era el comentario hecho por Benny Crane. «Una operación militar, realizada con absoluta precisión.» Más o menos, Benny había venido a decir algo por el estilo y, en realidad, se inclinaba a darle la razón.

De pronto, acometido por un presentimiento, desvió el coche y lo paró en las inmediaciones de una cabina telefónica. Minutos más tarde, estaba en comunicación con el capitán Wood.

—Quiero que hagan una cosa, señor —pidió—. La computadora les dará datos de todas las personas, hombres, por supuesto, que tengan antecedentes de haber servido en el ejército, sobre todo en unidades especiales, «boinas verdes», tropas de asalto y demás.

—Pueden tener antecedentes de servicio militar, pero si no los tienen policiales, no haríamos nada —alegó Wood.

—Capitán, yo sospecho que el robo fue ejecutado por un grupo de hombres, probablemente no menor de seis ni mayor de ocho. Incluso más: creo que si estuvieron en el ejército, se licenciaron hace tiempo. No son unos muchachos, precisamente; aunque carezcan de antecedentes penales, supieron hacerlo maravillosamente bien y no dejaron el menor rastro. Tampoco se licenciaron hace dos días, si es que usted me comprende.

—Trata de decirme que son hombres todavía jóvenes, pero todos ya mayores de treinta años.

—Pongamos entre treinta y cuarenta. No sé, un presentimiento, pero creo que valdría la pena investigar en esta dirección.

—Haré lo que pueda, *Slim*. Ya le llamaré cuando sepa algo.

—Gracias, señor.

Hart colgó el teléfono y salió de la cabina. Cuando arrancaba con el coche otra vez, vio a través del retrovisor a un automóvil que se despegaba de la acera al mismo tiempo.

«¿Me siguen?», se preguntó.

Hizo un par de maniobras y el otro conductor las imitó puntualmente. Entonces, Hart ya no tuvo la menor duda de que era seguido.

Torció el gesto. Era un conductor corriente; aunque a veces había manejado coches de la policía, no había pertenecido nunca al departamento de Tráfico en el que había verdaderos ases del volante. Pero no estaba dispuesto en modo alguno a que el sujeto que iba tras él se enterase del lugar al que se dirigía.

Un poco más adelante abandonó la zona edificada. La avenida discurría ahora por lugares descampados, incluso desiertos. Quinientos metros más adelante, había casas de nuevo, aisladas todas y con jardín. Pensó en desviarse por una calle transversal, pero, en el mismo momento, sintió un terrible golpe en la aleta izquierda.

Distraído con sus pensamientos, no se había dado cuenta de que el coche perseguidor se acercaba a toda velocidad. Cuando quiso reaccionar, vio venir hacia sí a un enorme árbol.

Desesperadamente, golpeó el volante y se salió del camino. Durante unos segundos, el coche rebotó espantosamente. Una pared de ladrillo surgió repentinamente en su trayectoria y estalló con tremendo ruido.

Hart se protegió instintivamente con los brazos. Varios ladrillos golpearon el parabrisas y lo hicieron explotar. Al otro lado de la pared había un cubo de cemento, contra el cual terminó su desatentada ruta, en medio de un horrible estrépito.

Durante unos segundos, permaneció aturdido, incapaz de reaccionar. Luego percibió olor a gasolina y cortó el encendido. Abrió la puerta, salió del coche casi a gatas y, en aquel momento, vio una silueta en el borde de la carretera. El sol estaba al otro lado y no pudo captar detalles, salvo que el sujeto tenía algo en la mano derecha.

Una cosa de forma ovoidal voló por los aires. Hart dio un salto prodigioso, cayó al suelo, rodó varias veces sobre sí mismo y se quedó quieto, encogido, protegiéndose la cabeza con los brazos.

Se oyó un tremendo estampido. Hart percibió el aullido de los cascos de metralla y, casi en el acto, un sordo rugido.

Miró por encima del brazo izquierdo. El fogonazo de la explosión había inflamado el combustible derramado como consecuencia del accidente. La segunda explosión, ahora del depósito de gasolina, no tardaría en producirse, y gateó desesperadamente para poner la mayor distancia posible entre él y el coche.

Repentinamente, erupció un volcán de llamas. Trozos de chapa volaron por los aires, con estridentes sonidos. El coche quedó envuelto en fuego casi instantáneamente.

Hart se sentó en el suelo, limpiándose maquinalmente las

rodilleras de los pantalones, mientras contemplaba con ojos melancólicos la destrucción de su automóvil. Miró un instante hacia la avenida, pero el desconocido ya no estaba a la vista.

De pronto, vio a una joven que corría hacia él. Amanda se arrodilló a su lado.

—¿Se encuentra bien, *Slim*?

Hart respingó.

—¿Qué hacía usted por aquí? —exclamó.

—Iba a casa, con la abuela. Siempre tomamos este camino, porque es el más corto... Nos desviamos dos calles más abajo... Pero ¿qué le ha pasado?

Hart hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Me distraje estúpidamente y me salí de la carretera.

—No mienta. Vimos perfectamente cómo le empujaba aquel coche.

—¿Lo vieron? —preguntó sorprendido él.

—Sí, íbamos a unos cientos cincuenta metros detrás y empezamos a frenar, cuando vimos que se salía del camino. Entonces, el otro paró, se apeó y le tiró algo que explotó con mucho ruido...

—Una granada de mano, Amanda.

El horror asomó a la cara de la muchacha.

—Querían asesinarle —exclamó.

—Eso parece.

Ya se oía a lo lejos una sirena policial. Hart levantó una mano.

—Por favor, no mencione la bomba de mano —pidió—. Diga solamente que perdí el control... No hable tampoco del otro coche... Por cierto, ¿le vieron la matrícula?

—No, lo siento —contestó Amanda—. Estaba nerviosa, compéndalo. Ni siquiera me fijé en el tipo que le tiró la bomba.

—Es una lástima —suspiró Hart.

Un coche blanco y negro se detenía en aquel momento junto al borde. El joven añadió:

—Bueno, vamos a ver si convencemos a los caballeros de Tráfico.

Amanda le miró, muy intrigada. ¿Por qué tenía que ocultar el intento de asesinato?, se preguntó.

Más tarde, Hart fue a casa de Gilí Moyne, pero no encontró a nadie, porque el sujeto estaba ausente. Tenía una sirvienta, de rostro agradable, pero expresión avinagrada, quien le informó que el señor Moyne había salido por asuntos de su profesión y que no sabía cuándo volvería.

—¿A qué se dedica? —preguntó Hart.

La mujer le dio con la puerta en las narices.

—Eso no le importa a usted en absoluto —dijo.

* * *

—Siéntate por ahí —indicó Sadie—. Voy a arreglarme un poco...

—¿Te importa que saque hielo de la nevera? —consultó Hart.

—Claro que no. —Ella le dirigió una mirada llena de curiosidad, fijándose sobre todo en la gran bolsa que Hart llevaba en la mano—. ¿Qué hay ahí? —preguntó.

—Un par de botellas de lo bueno —contestó él.

Cuando regresó del tocador, Sadie se encontró al joven en mangas de camisa, sentado en el diván y con las manos puestas en el gollete de una botella de champaña. La botella estaba metida en un cubo lleno de hielo y él la hacía girar suavemente a derecha e izquierda.

—Es del bueno —dijo, guiñándole un ojo.

Sadie se había puesto un peinador de encaje, y debajo llevaba ropa interior negra. Sentóse junto al joven y le pasó una mano por encima de los hombros.

—Eres muy atractivo, *Slim*... ¿Qué más?

—Hart —contestó él—. ¿Cuál es tu apellido?

—¿El de soltera o el de divorciada? Si quieres, tengo también apellido de viuda —rio ella.

—Te casaste, enviudaste, te casaste otra vez y luego te divorciaste, ¿no es así?

—La viudez sobrevino después del divorcio, pero no tiene importancia.

—Ah, no te importó quedarte viuda.

—Bueno, yo me refería a la cuestión de los apellidos. Le quería mucho, pero... ¿qué se le va a hacer? La vida debe seguir, *Slim*.

—Claro, hermosa. Oye, ¿te has preguntado qué podríamos hacer tú y yo sólo con la centésima parte de lo que se llevaron los ladrones del Banco?

Sadie elevó los ojos al techo.

—No me lo menciones siquiera. ¡Dios mío, qué botín! Donde lo tengan guardado, debe de parecer la cueva del tesoro...

—Fueron unos tipos listos. Nadie les vio ni oyó nada... Ni tú, tampoco, ¿verdad?

—Ya te he dicho que me quedé dormida como un tronco. Y no había bebido, te lo aseguro. Bueno, media copa nada más... media, así como suena; no trato de engañarme siquiera a mí misma... Casi siete horas y no vino un cliente tampoco en todo ese tiempo...

—Siete horas de un tirón, en un local público —dijo él pensativamente.

—A veces pienso... Claro que no son más que fantasías. ¿Quién iba a querer narcotizar a una pobre camarera, sobre todo, si la caja apareció intacta al día siguiente?

—¿Piensas que te narcotizaron, Sadie?

—Amanecí con un mal gusto de boca imponente y con la lengua como una suela de zapato puesta al sol. Cuando me operaron de apendicitis, también desperté así, después de la anestesia...

Hart frunció el entrecejo. También él había despertado con unos síntomas muy parecidos a los de Sadie. Pero era imposible que los ladrones hubieran narcotizado a media población, cuando menos, a un importante sector de la ciudad, precisamente el situado en los alrededores del banco. Y, sin embargo...

Sonrió a la vez que se disponía a descorchar la botella.

—Sadie, ahora vamos a tomar un par de copas —dijo alegremente—. Luego... Oye, ¿sabes que no he visto nunca una cicatriz de apendicitis?

Ella se echó a reír.

—La mía apenas se nota —contestó.

—Eso hará más interesante la búsqueda —aseguró Hart, mientras llenaba las copas.

* * *

Al día siguiente, Hart se enteró del hallazgo del cadáver del pescador. En vida, el muerto había sido actor de cine de escaso renombre, tan poco conocido, que últimamente se dedicaba a vender seguros por las casas. El nombre era Jack Edall y, según el forense, había perecido por asfixia causada por inmersión, después de haber recibido un fuerte golpe en la frente, sin duda con algún palo o cuerpo duro parecido.

Hart había conocido a Edall. En tiempos, éste le había hablado de su trabajo en Hollywood. Las cosas iban ahora mal y el joven, compadecido, le había contratado una póliza de seguro. Por todo ello, le pareció discreto asistir al entierro.

Pero el cadáver estaba todavía en el frigorífico de la «morgue», en espera de la autorización del juez para el entierro. Hart decidió acercarse al depósito de cadáveres.

El empleado le conocía. Hart había ido allí en más de una ocasión, por necesidades del servicio, y abrió el cajón frigorífico. Edall estaba cubierto con una sábana, que el empleado apartó a un lado.

Hart respingó.

—Todavía lleva la indumentaria de pescador —dijo.

—Claro. No tiene familia que se encargue de vestirlo con otras ropas...

El joven pensó que sería una obra de caridad encargarse de semejante tarea. Sabía dónde vivía Edall y preguntó por sus objetos personales, a fin de conseguir la llave de su apartamento.

—Los tiene el jefe —contestó el empleado—. Pídaselo a la salida.

—Gracias.

Edall tenía puesto incluso el sombrero con los anzuelos y señuelos. De pronto, notó algo extraño.

—¿Dónde encontraron el cadáver? —preguntó.

—En Light Creek, al otro lado de North Blanca.

Hart frunció el ceño.

—Es curioso. Lleva anzuelos y señuelos para róbalos y allí sólo se pescan truchas...

—No entiendo de pesca en absoluto —contestó el empleado.

—Hubo un tiempo en que yo era bastante aficionado, pero tuve que dejarlo a causa de mis estudios. Gracias, ahora veré al jefe para encargarme de todo lo necesario del entierro.

Lamentó la muerte de Edall, a pesar de que se habían tratado relativamente poco. Un hombre ya maduro, solitario, sin familia, poco menos que en la ruina, había ido a morir oscuramente en un arroyo de las montañas. Tal vez se había embriagado, cayendo luego y golpeándose la frente con alguna rama saliente, lo que le privó del conocimiento y le hizo perecer ahogado.

El encargado tenía un informe sobre la autopsia. Hart lo leyó y, asombrado, vio que el forense no había encontrado el menor rastro de alcohol en el organismo de Edall. Cabía la posibilidad de una caída accidental, a resultas de la cual hubiera perdido el conocimiento, deslizándose luego hasta el río, pero un oscuro instinto hizo que Hart pensara inevitablemente en un asesinato que había querido ser disfrazado de accidente.

Su teoría se confirmó más tarde, cuando fue al apartamento de Edall, a fin de buscar ropas apropiadas para que lo vistieran en la funeraria de forma adecuada.

Parecía que hubiera pasado un tornado por el apartamento. Todo estaba absolutamente revuelto y saltaba a la vista que alguien había hecho un registro minuciosísimo. No faltaba nada, excepto una cosa: por más que buscó, Hart no pudo encontrar un solo papel en toda la casa.

Al pie del teléfono, que era la pared, había un montoncito de polvo blanco. Hart supo así que los intrusos habían raspado la pared en la que, sin duda, Edall había anotado algún número de teléfono.

Hasta aquel rastro habían borrado y se preguntó los motivos. ¿Había estado mezclado Edall en algún oscuro asunto y lo habían asesinado en un vulgar «ajuste de cuentas»?

Como fuese, ahora estaba muerto y, si había hecho algo malo, lo había pagado con lo más valioso que tenía: la vida.

CAPÍTULO V

Hart no había echado en saco roto, la conversación con Sadie Keogh y al día siguiente empezó a investigar discretamente. Obtuvo resultados asombrosos.

Sadie no era la única que había dormido desde poco después de las once hasta casi las siete de la mañana. Encontró un bar, a casi mil metros del Banco, cuyo dueño y un camarero se habían quedado profundamente dormidos, así como tres clientes, dos de los cuales escaparon como alma que lleva el diablo apenas se despertaron, ya de día. El dueño del bar le dijo que los clientes se habían salvado de una buena, porque encontraron a sus mujeres todavía dormidas. Uno de ellos vivía a quinientos metros más al Sudoeste, lo cual hacía casi una milla, tomando como punto central el edificio del Banco.

Lenta y tenazmente, Hart fue recorriendo lugares y, con gran discreción y un poco de labia, acabó por saber que más de media ciudad había dormido involuntariamente la noche del sábado al domingo.

«Yo también dormí más de la cuenta», se dijo.

Y su apartamento estaba solamente a ochocientos metros del *City Bank*.

Convencido ya de que había dado con una buena pista, fue a la oficina meteorológica y, con un pretexto cualquiera, consiguió enterarse del tiempo que había hecho el sábado por la noche. Cielo despejado, escasa humedad... y vientos del Nordeste, con velocidad moderada de entre veinte y treinta kilómetros por hora.

Después de conocer aquel dato, permaneció largo rato pensativo, tratando de conseguir que encajasen las piezas de aquel rompecabezas. Podía hacerse una idea de cuál sería el cuadro final, pero todavía faltaban muchas piezas.

Mientras tanto, había transcurrido casi una semana. El teléfono de su casa había sonado varias veces, pero no lo había descolgado en ninguna ocasión. Tenía motivos para ello.

Aquel día, como tenía por costumbre, el capitán Wodd salió de su oficina y subió a su coche, que guardaba en el estacionamiento oficial. Apenas había arrancado, oyó una voz a sus espaldas:

—Capitán, no se asuste, soy yo —dijo el joven, tumbado en la

parte posterior del vehículo.

—¡Hart! ¡Por todos los diablos! ¿Dónde ha estado estos días? Me he cansado de llamarle y usted nunca contestaba...

—Capitán, sospecho que le han puesto un «chivato» en el teléfono. Haga que investiguen su despacho a fondo. Me comprende, ¿verdad?

—¡Rayos! Conque es eso... Nunca me imaginé que un día pudieran hacerme una faena semejante. ¿Sospecha de alguien?

—No, pero ya han intentado quitarme de en medio en una ocasión. ¿O no se enteró usted del accidente que me costó el coche?

—Sí, me informaron los de Tráfico, pero pensé que había sido un accidente vulgar, y desde luego, me alegré de que no le sucediera nada.

—Alguien me empujó fuera de la carretera. Luego me tiraron una bomba de mano.

—Los de Tráfico no informaron...

—Porque yo no dije nada. Capitán, sinceramente, no sospecho de usted ni del jefe Dickson, pero en el Departamento hay alguien que está mezclado en el robo del Banco. Usted, a veces, habla con el jefe por teléfono, para no molestarse en ir a su despacho, ¿verdad?

—Sí, lo hago muchas veces.

—Bueno, busque a alguien de su entera confianza y haga que revisen los dos despachos.

—El espía se enterará...

—Si prefiere que anote cada palabra y que diga y que esté enterado del menor de sus pasos...

Wood suspiró.

—Evidentemente, no; y quizá eso le ponga nervioso y le haga dar un paso en falso. ¿Ha averiguado algo más?

—Sí. Ya sé por qué nadie vio ni oyó nada durante la noche del robo.

—Explíquese, *Slim*, por favor.

—Media Benton Place se durmió a la fuerza. El sueño colectivo alcanzó un radio de más de mil quinientos metros, contando el Banco como centro y en dirección Sudoeste.

—¡Dios mío, no es posible...!

—Toda la semana he estado interrogando a distintas personas. Incluso yo también me dormí aquella noche.

—Entonces, los ladrones pudieron trabajar sin temor a ser molestados.

—Exactamente. Capitán, ¿no le sobra un revólver? Yo entregué el mío al dimitir y la verdad, después del primer atentado, no me hace gracia andar por ahí con las manos desnudas.

—Le prestaré el mío de momento. Mañana me procuraré otro y lo cambiaremos a una hora convenida. También le daré una caja de cartuchos...

—Estupendo. ¿Qué hay de la lista que le pedí?

—Precisamente iba a llevársela a su casa, en vista de que no contestaba a mis llamadas.

—Muy bien, échela por encima del respaldo. Déjeme en algún sitio discreto, por favor.

Momentos después, Hart tenía en su poder un revólver calibre 38 y un sobre. Un poco más tarde, el coche se paró en una calle solitaria y el joven pudo apearse.

Consultó la hora. No tenía ninguna prisa y el examen de la lista podía hacerlo más tarde. Palpando el consolador bulto del revólver, sujeto por un cinturón, echó a andar con aire intrascendente, mientras silbaba una alegre melodía.

* * *

La explanada medía unos ciento cincuenta metros de ancho por doscientos de largo. Era un solar abandonado, en litigio, por lo que no se había edificado todavía.

El Banco formaba parte de los límites en el lado Sudoeste. En el lado opuesto había un talud, de unos tres metros de altura, que terminaba en el lecho seco de un torrente, que sólo llevaba agua en época de lluvia.

Hart se situó con la vista frente a la trasera del Banco. El viento, aquella noche, había soplado del Nordeste. Ahora también, pero apenas se notaba y las leves rachas de brisa le daban en la nuca. La noche del sábado el viento había tenido una velocidad de veinte a treinta kilómetros por hora.

Benton Place era una ciudad llana, sin obstáculos que modificasen la trayectoria de los vientos. «O de un gas narcótico», pensó.

Debian de haber usado gran cantidad de gas o bien era una sustancia de intensos efectos aun en pequeñas cantidades. En todo caso, era inofensiva, salvo el mal gusto y la sequedad de boca que había notado al día siguiente.

Se preguntó a quién se le había ocurrido la idea de narcotizar a media población. Ello requería unos conocimientos químicos muy notables. Más, incluso era fácil advertir que no habían descuidado detalle, informándose previamente del estado del tiempo. Quizá tenían planeado el golpe hacía muchas semanas y habían sabido esperar hasta dar con la ocasión propicia.

Descendió por el talud y empezó a revisarlo minuciosamente,

deteniéndose en cada piedra, en cada mata, en cada accidente que se le antojaba sospechoso. De pronto, cuando ya desesperaba de obtener algún fruto de su tarea, vio algo que le hizo renacer la esperanza en su ánimo.

A metro y medio del fondo divisó un hueco en el talud, una especie de hendidura semicilíndrica, que no se debía indudablemente a un accidente de la naturaleza. Parecía como si alguien hubiera apoyado allí una botella de oxígeno, ajustándola luego con movimiento de rotación a derecha e izquierda, a la vez que presionaba hacia abajo, con el objeto de practicar una base que impidiera su caída al torrente seco.

Ahora la cosa estaba clara. Allí, por lo menos, se había situado una botella de gas. Seguramente, habían usado varias, pero los ladrones no podían permanecer en sus inmediaciones, ni aun con el viento a favor, a fin de evitar un brusco cambio que les hiciera sentirse afectados por el gas narcótico.

—El tipo llegó, encajó la botella, abrió la válvula y escapó —dijo, al adivinar los movimientos del ladrón.

Sin duda, habían colocado una batería de botellas, a todo lo largo del talud, más de cuatrocientos metros. El gas se había esparcido, arrastrado por el viento, formando una especie de abanico a partir de aquel punto, cuya máxima anchura había llegado a ser de unos dos mil metros, por lo menos. En todo aquel espacio, cuantas personas se hallaban en su interior habían dormido profundamente un mínimo de seis horas.

—Algunas, más; todo depende del organismo de cada cual —murmuró.

El gas, por otra parte, tenía que ser invisible e inodoro. El mismo lo había respirado y no había percibido nada sospechoso en el ambiente. Lo cual, pensó, revelaba unos notables conocimientos de química.

—Un comando con indudable experiencia militar —dijo a media voz; cada vez más convencido de su hipótesis sobre el particular.

Un vivo rayo de luz le hirió de pronto en los ojos. Al volver la cabeza, divisó la silueta de un hombre que le apuntaba con un revólver a quince pasos de distancia.

* * *

La reacción de Hart fue instantánea y se tiró al suelo, en el momento en que salía el primer tiro. Rodó sobre sí mismo un par de veces y pudo apreciar el gesto de cólera que hacía el, desconocido al ver que había fallado su disparo.

El hombre corrió hacia él, evidentemente con la intención de

rematarlo. Desesperadamente, Hart sacó su revólver y apretó el gatillo.

La sorpresa del atacante fue enorme. Hart lo vio en su cara. Estaba seguro de que disparaba contra un hombre desarmado y, de repente, éste sacaba una pistola y le devolvía el fuego.

El desconocido tenía la mano izquierda apoyada en el pecho. Hart pudo ver los dedos crispados sobre el lugar de impacto de la bala. Pese a todo, el hombre intentó hacer fuego nuevamente.

Hart ya no dudó. Lo primero de todo era salvar la vida. Se ladeó violentamente, esquivó el segundo balazo y disparó a su vez.

El otro abrió los brazos y cayó de espaldas, soltando el revólver. Hart corrió hacia él y se arrodilló a su lado.

La respiración del sujeto era muy dificultosa. Hart le dio unas palmaditas en la mejilla, intentando hacerle reaccionar, pero no obtuvo ningún resultado. De repente, el desconocido se agitó un poco y luego dobló la cabeza a un lado.

Hart hizo una mueca. Le habría gustado enormemente hablar con aquel individuo, pero ya no era posible.

Luego se preguntó si se habrían oído los disparos. El duelo había tenido lugar en el fondo de aquella pequeña barrancada y la avenida pasaba a unos trescientos metros. Pero el tráfico era muy intenso. No parecía que nadie se hubiese preocupado por lo que podía ser considerado la explosión de unos petardos infantiles.

Precipitadamente, registró las ropas del muerto. En la documentación, halló un permiso de conducción, cuya lectura le hizo sentirse atónito.

—¡Gill Moyne! —exclamó.

Era el mismo individuo que había persuadido a Amanda y a su abuela para que llevasen las joyas al Banco. Ahora ya no le cabía la menor duda de la vinculación de Moyne con los ladrones del City Bank.

Y, además, era químico de profesión, lo cual apoyaba sustancialmente sus teorías. Pero ya no le convertía seguir por mucho tiempo más en aquel lugar.

Limpio sus huellas digitales de la billetera del muerto y la dejó en su sitio, con la ayuda de un pañuelo. Pero se arrepintió en el acto y le vació los bolsillos. Incluso se llevó su revólver. Cuando encontrasen el cadáver, achacarían su muerte al resultado de un atraco.

Era la mejor solución. Incluso los demás miembros de la banda podían creer en aquella teoría.

A menos, se dijo, que estuviesen ya informados por Moyne. Pero era un riesgo que no podía evitar.

Salió de la barrancada con paso natural. Nadie parecía haberse

dado cuenta de lo sucedido. No lejos de aquel lugar, encontró un coche parado junto al borde de la acera.

En la aleta derecha tenía una abolladura, en la cual se advertían todavía algunas manchas de pintura verde claro. «La misma que la de mi coche», pensó.

Entonces, había sido Moyne el autor de la primera tentativa de asesinato. Por tanto, Moyne estaba enterado de lo que hacía y había probado por segunda vez, pero en esta ocasión había fracasado.

Sentíase un tanto nervioso. Aunque no era la primera vez que intervenía en un tiroteo, se encontraba muy desasosegado al pensar que había dado muerte a un semejante. Procuró tranquilizarse, pensando que el otro quería matarle y que, a fin de cuentas, sólo había tratado de defender su vida.

Cuando llegaba a su casa, recibió una sorpresa.

Amanda salió de su apartamento y se dirigió hacia él directamente.

—Hola, *Slim*. Perdona que le moleste, pero hace días que le he llamado y usted no contesta nunca...

Hart trató de sonreír.

—Estoy un poco cansado, pero puedo atenderla perfectamente —dijo—. ¿Quiere honrar con su presencia mi casita de papel?

Amanda sonrió.

—La verdad, a veces pienso que un día soplará un poco de viento y el edificio saldrá volando por los aires...

—Creo que le pusieron un par de toneladas de plomo como lastre en los cimientos. Resultaba más barato que los ladrillos y el cemento —contestó él jovialmente—. ¿Le importa que me sirva una copa? Puedo darle a usted otra o, si lo prefiere, haré café...

—No se preocupe, *Slim* —contestó la chica, los dos ya dentro del apartamento—. Además, voy a estar muy poco rato...

—¿Tiene prisa?

—No, pero lo que quiero preguntarle me llevará medio minuto, a lo sumo. ¿Qué sabe de nuestras joyas?

—Nada, Amanda.

Hart llenó una copa y vació la mitad de un trago. Con aire cansado, caminó hasta el diván y se dejó caer pesadamente.

—Amanda, dígame, ¿qué sabe usted de Gill Moyne? —preguntó.

—No gran cosa. Fue mi abuela la que se entendió con él...

—Tendré que hablar con la señora Sparkston —dijo él—. Sin embargo, habrá visto a Moyne en alguna ocasión.

—Un par de veces. No sé cómo apareció por casa, pero el caso es que convenció a mi abuela para que llevase las joyas al Banco.

—Amanda, un millón en joyas es una cifra más que respetable.

¿Cómo llegaron a poder de su abuela?

—Bien, el marido de Winnifred era joyero y ganó una fortuna, gran parte de la cual invirtió en piedras preciosas y joyas de poco valor artístico, pero muy elevado en lo estrictamente material. Al retirarse, no quiso traspasar el negocio; lo único que hizo fue vender el local, que era de su propiedad. Se deshizo de todo lo que era relojería cara y de parte también de las joyas que tenían más valor como obra de arte, y se quedó con el resto. El abuelo decía que las piedras preciosas no bajaban jamás de precio y que su valor aumentaba de año en año.

—¿Qué pasó después?

—El abuelo murió hará unos tres años y ella conservó las joyas en la casa de Old Mill Road. Hasta que llegó el señor Moyne. Por cierto, he intentado hablar con él y no lo he conseguido. ¿Sabe usted dónde podría encontrarlo?

Hart apuró el resto de su copa. Luego miró fijamente a la muchacha.

—Amanda, siento no poder darle más explicaciones por el momento —dijo—. Le ruego tenga paciencia; un día, con toda seguridad, podré hablar sin límites. Ahora sólo puedo decirle una cosa: si quiere ver a Moyne, tendrá que ir al depósito de cadáveres.

CAPÍTULO VI

Amanda se había marchado hacía rato, profundamente turbada por la noticia recibida y sobre la cual Hart no había querido entrar en más detalles. La chica, además, se sentía muy deprimida, porque presentía que la muerte de Moyne significaba la pérdida de sus esperanzas en la recuperación de las joyas.

Hart había tratado de animarla, pero todo había sido inútil. Al fin, se había quedado solo en el apartamento. Ahora, en mangas de camisa, tenía delante de sí la lista que días atrás había solicitado al jefe Dickson.

Allí figuraban los nombres de bastantes ciudadanos de Benton Place que habían servido en las fuerzas armadas. Muchos menos, sin embargo, habían estado en unidades especiales. En total, una docena escasa.

A Hart no le extrañó en modo alguno ver el nombre de Moyne en aquella lista. Junto al nombre había algunos datos personales y así supo que Moyne era doctor químico y que había permanecido dieciocho meses en Vietnam, con las «boinas verdes», licenciándose después honrosamente y con un par de medallas como recompensa a su excelente comportamiento en el frente de combate.

Moyne tenía treinta y ocho años. Hart encontró otro nombre: Lyndon Bryce, treinta y nueve años, director del *City Bank* y miembro también de la misma unidad en la que había servido Moyne. Bryce era licenciado en Ciencias Económicas, grado conseguido a su regreso de Vietnam. También había sido condecorado con varias medallas.

La hipótesis que se había forjado empezaba a tomar visos de realidad. Hombres con gran experiencia militar y que habían dejado atrás los treinta años, lo cual les daba aún más experiencia en otros aspectos de la vida.

Los menores de treinta años, aunque no descartabas por completo, parecían quedar fuera de la cuestión. Ninguno de ellos, aun habiendo servido en unidades especiales, tenía en su hoja de servicios un periodo de frente de batalla. De la lista, decidió dejar cinco nombres fuera del caso, porque ninguno había estado en una guerra.

Quedaban siete, todos ellos con edades superiores a los treinta y cinco años y, excepto uno, todos, también, con servicios en Vietnam.

Todos, absolutamente, eran personas bien situadas en la vida con excelente posición económica y social. Si era así, ¿por qué habían planeado y ejecutado el robo del Banco? Podían hallarse en apuros financieros, secretamente, pero Hart descartó la idea. Uno, dos, tal vez sí, pero todos no. Entonces, el único motivo era el hastío de una vida rutinaria, cómoda y sin problemas, pero completamente distinta de la que habían llevado años atrás, sosteniendo feroces combates y jugándose la vida a cada momento, para luego, en los permisos de retaguardia, divertirse y gozar de la existencia como no podían hacerlo ahora.

Pero tampoco, quizá, era un motivo suficiente. Había, tal vez, otro muy superior, el que les había decidido a vaciar la caja del Banco.

Un enorme botín, casi tres cuartos de millón en billetes, millón y medio en valores fácilmente negociables, un millón en joyas, más las cajas de alquiler, cuyo contenido se desconocía, pero que en ningún modo resultaría desdeñable. Muchas cajas sólo contendrían documentos valiosos únicamente para los interesados, pero en otras habría joyas y hasta dinero en efectivo...

Era una cifra mareante. Cuatro, cinco, seis millones... ¿Quién podía saberlo?

El teléfono sonó de pronto y el estallido de su timbre le hizo dar un salto. Maquinalmente, levantó el aparato, arrepintiéndose en seguida. «¿Y si está intervenido?», pensó.

Pero ya era tarde.

—Hart —dijo con voz neutra.

—Wood. Slim, tengo una buena noticia para usted. Le hemos «limpiado» el teléfono.

* * *

El joven se tranquilizó. Con la mano izquierda, buscó tabaco y se puso un cigarrillo en la boca.

—De modo que también yo...

—Parecía lógico pensar lo mismo de su teléfono —respondió el capitán Wood—. Bueno, ahora ya no hay riesgo de que nos escuchen. ¿Qué ha averiguado usted?

—Confirmado, usaron gas narcótico. Pero no he podido conocer más detalles.

—¿Por qué?

—¿No le han informado del hallazgo de un cadáver en el arroyo seco que hay detrás del Banco?

—Sí, era un desconocido y parece que lo mataron para robarle.

—Fui yo, capitán. El tipo me seguía constantemente y cuando me

vio que investigaba en el lugar donde pusieron las botellas de gas, la emprendió a tiros conmigo. Tuve que defenderme, lo siento.

—No se preocupe, muchacho; usted está vivo y eso es importante. ¿Sabe quién era el muerto?

—Gill Moyne, doctor en química, con toda seguridad, el mismo que preparó el gas adormecedor y, fíjese bien, con una buena experiencia de combate con los «boinas verdes» en Vietnam.

Wood silbó.

—Sus sospechas empiezan a tomar visos de realidad —dijo Wood—. ¿Ha averiguado algo más?

—Bueno, yo le vacié los bolsillos a Moyne, para hacer creer que murió al ser atracado. En mi opinión, convendría que se hiciese un registro a fondo en su casa. Podrían encontrar algo interesante.

—Iremos ahora mismo —prometió el oficial—. ¿Algo más?

—Sí. ¿Recuerda el cadáver del pescador que encontraron en el arroyo de North Blanca?

—Desde luego. Murió ahogado...

—Empiezo a creer que fue un asesinato —dijo el joven.

—¿Por qué opina eso, Slim?

—Aunque no demasiado, conocía un poco a Edall y no recuerdo que tuviese aficiones de pescador de río. Después, en el sombrero, llevaba anzuelos y señuelos para róbalos, cuando en Light Creek sólo se pescan truchas. Otra cosa: tenía un golpe en la frente. Pudo recibirlo al caerse accidentalmente y hasta se podría pensar que se emborrachó, pero no había alcohol en su cuerpo.

—Entonces, fue un asesinato.

—Para mí, no hay duda. Es más, incluso tengo el presentimiento de que esa muerte está relacionada con el robo del *City Bank*.

—¡Slim, a Edall lo encontraron a catorce kilómetros de la ciudad! —exclamó Wood.

—Sí, ya lo sé, pero le he dicho que es un presentimiento; no he afirmado rotundamente tal relación con el robo. Bien, ya sólo queda recordarle el registro de la casa de Moyne y... Ah, otra cosa, capitán.

—Diga, Slim.

—En la lista que usted me entregó, he descartado primero a todos los que no sirvieron en unidades especiales. Luego eliminé a los menores de treinta años y me quedaron solamente siete que andan rondando los cuarenta. Todos ellos sirvieron en la misma unidad en el Vietnam y se licenciaron prácticamente al mismo tiempo.

—Curioso —observó Wood.

—Demasiado, señor —dijo Hart—. Sobre todo, si se piensa en dos de los nombres que figuran en esa lista.

—¿Sí?

—Uno de ellos, el propio director del Banco robado, Lyndon Bryce. El otro... Bueno, yo no quisiera decir nada de un hombre que fue mi superior hasta hace poco tiempo... Pero creo que le convendría vigilar a Russ Conklin.

—¡El teniente... jefe de la División de Robos! —resopló Wood.

—Tiene treinta y ocho años, estuvo con los «boinas verdes» en Vietnam y... Puede que me equivoque, señor, pero si hay un traidor en la policía, el teniente Conklin se lleva todos los números de la rifa.

Wood colgó el teléfono poco después. Hart se reclinó en el diván y se cogió el puente de la nariz con dos dedos, mientras se entregaba a intensas meditaciones.

De pronto, agarró el teléfono y marcó un número.

Una mujer contestó a poco:

—Residencia de la señora Sparkston. ¿Quién llama, por favor?

—Soy Barney Hart. Deseo hablar con la señorita Rowe, por favor.

—Un momento, señor Hart.

Amanda acudió a los pocos momentos.

—¿Ocurre algo, *Slim*?

—No tengo nada nuevo que contarle, aunque sí voy a comportarme como un tipo fresco. ¿Por qué no me invita a comer mañana?

Ella pareció sentirse sorprendida, pero luego se echó a reír.

—Conforme, *Slim*. Venga sobre las doce y media —accedió.

—Gracias. ¿Qué flores le gustan más a la abuela Winnifred?

—Las que tienen chocolate con relleno de coñac —contestó Amanda alegremente.

—Le llevaré una carretilla de bombones —prometió el joven.

Luego se relajó y hasta casi llegó a dormirse. Pero el timbre del teléfono le sacó de su somnolencia media hora más tarde.

Era el capitán Wood y no tenía buenas noticias que darle:

—La casa de Moyne ha ardido hasta los cimientos —informó, desalentado.

Hart se quedó pensativo un instante. Luego dijo:

—Capitán, si quiere que le sea sincero, casi me esperaba algo semejante. Pero usted lleva muchos años más que yo en el oficio y sabe muy bien que hay cosas que no se pueden solucionar sólo con chasquear los dedos, como un prestidigitador en el escenario.

—Desde luego, pero...

—¿Ha interrogado a la sirvienta de Moyne?

—No había nadie en la casa.

Hart pensó inmediatamente en la mujer de rostro atractivo, pero de expresión hostil que le había recibido cuando fue a preguntar por

Moyne.

—Haga que la busquen, pero no la interroguen. Deje que yo me encargue de ello, ¿comprende?

—Muy bien. Le avisaremos apenas tengamos noticias de ella. ¿Cree qué pudo ser la autora del incendio?

—Se lo diré cuando haya hablado con esa mujer de la que, por cierto, ignoro su nombre y apellido.

Hart colgó el teléfono y luego consultó su reloj. Todavía tenía tiempo de hacer un par de gestiones antes de la cena.

* * *

Jess Parry se había levantado hacía poco y unas horas más tarde, debería tomar el servicio nocturno en el Banco.

—Aunque ya no sé qué puedo hacer allí —declaró afligidamente—. No queda ni para comprar una barra de goma de mascar.

Hart ocultó una sonrisa al oír una tan gráfica descripción del estado actual del Banco. Luego le preguntó a Parry si se había quedado dormido la noche del robo.

El vigilante se mostró evasivo, pero Hart procuró tranquilizarlo.

—Nada de lo que yo diga se hará público, puedo garantizárselo, señor Parry.

—¿De veras? Oiga, ¿quién es usted? Todavía no me ha dicho...

—Compañía de Seguros. Pertenezco a una división especial, supersecreta, que sólo actúa en casos de gran envergadura —mintió el joven con todo desparpajo—. Señor Parry, si usted me da una buena pista, mi compañía se acordaría de usted caso de que lográsemos recuperar el botín.

—Bien..., en tal caso... Sí, por todos los diablos, me quedé dormido como un tronco. Jamás me había sucedido nada parecido, puede creerme —contestó el vigilante.

—¿Notó sequedad de boca y mal gusto al despertar?

—Sí, aunque no demasiado pronunciado...

—No lo divulgue, pero le narcotizaron. De modo que no es responsable en modo alguno de lo que pasó.

—Eso me tranquiliza un poco. Pero ¿qué diablos hicieron? ¿Acaso alguien manipuló el termo que llevo siempre con café?

—No, usaron gas, pero usted no se enteró siquiera —sonrió Hart—. Otra cosa: hay unos casi perfectos sistemas de alarma, pero los desconectaron. ¿Qué me dice sobre el particular?

—Eso tuvo que ser la noche del viernes —contestó Parry instantáneamente.

—¿Cómo? —se extrañó el joven.

—El viernes por la noche hubo un apagón que duró una hora, aproximadamente. He pensado el ello más de una vez y he llegado a la conclusión de que fue entonces cuando desconectaron las alarmas.

—¿Y por qué no el mismo sábado, señor Parry?

—No lo sé, aunque supongo que así ganarían una hora de tiempo, ¿no le parece?

Hart se acarició el mentón pensativamente.

—Un apagón de luz... Ganar sesenta minutos —murmuró—. ¿Cree en una avería provocada? —inquirió.

—Oh, no. Precisamente estuve hablando con el encargado de averías de la compañía de suministro eléctrico y me dijo que un pájaro había provocado un cortocircuito entre dos cables conductores.

—Pero, en tal caso, los ladrones no podían saber que un pájaro iba a estrellarse contra el tendido eléctrico —alegó Hart.

Parry parpadeó.

—Diablos, es verdad... De todos modos, ¿por qué no habla usted con Nick Shaddon?

—¿Quién es ese Shaddon?

—El jefe del equipo de averías que estaba de guardia la noche del viernes. Somos bastante conocidos desde hace tiempo y él fue quien me dijo lo del pájaro frito en los cables del tendido eléctrico.

—Gracias, señor Parry. Hablaré con Shaddon —se despidió el joven.

—No se olviden de mí, si recuperan el botín —pidió Parry.

—Lo tendremos muy presente, puede estar seguro de ello —concluyó Hart.

CAPÍTULO VII

Los ventanales eran grandes y al otro lado se veía una gran estancia brillantemente iluminada. Hart tenía ahora un nuevo coche, alquilado; el Departamento de Policía se encargaría de pagar los gastos en su momento. Desde el vehículo divisó las oficinas de la división de averías de la compañía de suministro eléctrico. Llegó lentamente y cortó el contacto.

La puerta estaba al otro lado. Cuando se apeaba, vio algo que le dejó sin respiración.

Había un hombre de espaldas a la ventana, con las manos alzadas. Otro al que no podía ver, le amenazaba indudablemente con un arma.

Hart sacó el revólver que le había prestado el capitán Wood y se dispuso a sorprender al asaltante. Cuando se apeaba del coche sonó un disparo.

La bala pegó en la carrocería y rebotó con agudo chirrido metálico. Hart se tiró al suelo instantáneamente y trató de localizar al autor del disparo. Casi en el acto, oyó otra detonación.

Esta vez, la bala dio en un neumático y el joven percibió claramente el sonido del aire que escapaba con rapidez. Luego oyó voces alarmadas.

Se incorporó un poco, quedando arrodillado tras el motor. Los disparos provenían de una zona muy oscura y no podía captar más detalles. De pronto, oyó un agudo grito de rabia:

—¡Date prisa, maldita sea!

Un hombre salió corriendo del edificio, con un bulto en las manos. Entró en un coche y éste arrancó instantáneamente.

Hart disparó un par de veces contra los fugitivos, pero no creyó haber conseguido nada. Desde el otro coche, alguien lanzó una verdadera descarga. Por el sonido, Hart supo que se trataba de una automática Colt calibre 45. El tirador consumió todos los cartuchos del peine en un tiempo verdaderamente récord.

Hart oyó el estallido de un cristal, hecho pedazos por las balas y maldijo entre dientes. Luego se incorporó, pero no pudo ver nada, porque el coche de los asaltantes escapaba con las luces apagadas.

Guardó el revólver y se dirigió hacia el edificio. Cuando llegó, vio a un hombre con el teléfono en la mano.

—Cuelgue —dijo—. No va a conseguir nada, señor Shaddon.

El hombre se volvió.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Mi nombre poco le diría, por lo que prefiero callar —contestó el joven—. Sin embargo, deseo que me conteste a algunas preguntas... Me envía su amigo Jess Parry, señor Shaddon.

—Bueno, hable, pero creo mi deber informar a la policía de este asalto...

Hart paseó la vista por el interior del despacho.

—Aquí no hay dinero —manifestó, asombrado.

—No, pero yo guardaba algo muy extraño. Un pájaro disecado.

—Vaya, no sabía que usted fuese aficionado a la taxidermia —rio el joven.

—Y no lo soy. Lo que sucede es que ese pájaro disecado, casi abrasado, fue el que provocó el apagón de hace unas cuantas noches. Eso es lo que querían los hombres que me asaltaron.

—¡Un pájaro disecado! —repitió Hart, atónito.

—Como lo oye. Cuando lo encontraron los hombres de mi equipo, pensé que lo habrían hecho algunos jóvenes bárbaros, sólo por divertirse. ¿Sabe?, el pájaro disecado se mantiene en posición por los alambres que hay en el interior y esto fue lo que causó el cortocircuito, cuando lo lanzaron desde el suelo.

—Se necesita tener buena puntería para acertar a dos cables a la vez, señor Shaddon —alegó el joven.

—Oh, en absoluto. El que lo lanzó, tenía en la mano el extremo de un hilo de plástico, de modo que, aunque en el primer momento, no pasará nada, luego movió el pájaro, ya colgado de un cable, para que tocara al otro. Entonces fue cuando se produjo el cortocircuito.

—Ya entiendo. De modo que los hombres del equipo de averías encontraron el pájaro disecado y se lo trajeron a usted.

—Eso es. Yo pensaba, como le he dicho, que sería obra de algunos chicos con ganas de divertirse un poco a lo bestia, pero después de lo que me ha pasado, veo que se trata de algo mucho más serio. Ese enmascarado del revólver me dio un susto de muerte, créame.

—Buscaba el pájaro.

—Sí, eso es.

—Pero ¿no se deshizo con la descarga eléctrica?

—Oh, quedó muy chamuscado, hecho una pena..., pero aún había lo suficiente para saber que no se trataba de un pájaro que estuviese vivo en el momento de chocar contra los cables.

—El asaltante estaba enmascarado —dijo Hart pensativamente.

—Llevaba guantes y un impermeable oscuro, así que no pude verle más detalles. Lo siento, señor; es todo lo que puedo decirle...

Hart suspiró.

—A mí me han disparado un montón de tiros —dijo—. Tengo una rueda sin aire y un cristal hecho polvo...

Shaddon sonrió.

—Le ayudaré a cambiar la rueda —se ofreció.

Media hora más tarde, Hart se dispuso a abandonar la explanada que había ante el edificio de la compañía de suministro eléctrico. Entonces, Shaddon dijo:

—Usted es un investigador privado o algo por el estilo, ¿verdad?

Hart sonrió, sin comprometerse a nada.

—Ya me imaginaba algo por el estilo —continuó Shaddon—. Bien, si esos pájaros se llevaron a su «hijito» para borrar las pistas, no lo consiguieron del todo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el joven.

—A veces, a mí también me gusta investigar un poco el origen de las averías y pensaba ir a ver al hombre que disecó el pájaro. Pero creo que eso lo hará usted un poco mejor. Aguarde un momento, por favor.

Shaddon entró en su oficina y regresó a poco con una diminuta chapa metálica, que puso en manos del joven.

—Estaba bajo el ala izquierda del pájaro y en ella figuran el nombre y dirección del taxidermista —indicó—. Ya sabe, esas chapas que se graban a presión...

Hart emitió una ancha sonrisa.

—Señor Shaddon, mil gracias —dijo—. No sabe usted lo importante que puede ser esta pista para encontrar... a los que provocaron el cortocircuito.

Wood llamó apenas diez minutos después de haber llegado a su casa.

—Hemos localizado a la sirvienta de Moyne —dijo—. Se llama Mattie Benn y vive en el ochocientos diecinueve de Apache Road —informó.

Hart volvió a consultar su reloj.

—Estoy cansado, pero creo que no puedo demorar la entrevista con esa prójima —manifestó—. Capitán, anote lo que voy a decirle.

—Sí, hable, Slim.

—El nombre es T. McCormack, taxidermista, con taller y tienda abiertos en el dos mil seiscientos once de la calle South River. El viernes por la noche se produjo un apagón de una hora, provocado por el choque de un pájaro contra los cables de conducción de electricidad.

—A veces pasa, Slim —dijo Wood.

—Pero, que yo sepa, es la primera vez que un pájaro disecado

vuela.

—Creo que entiendo. Bien, llámeme en cuanto sepa algo de la tal Mattie Benn.

—Si, señor.

Aunque se sentía un tanto cansado, Hart no quería perder más tiempo y volvió a salir de casa. Media hora más tarde, se dijo que podía haberse quedado muy bien a descansar.

—De todas formas, no habría llegado a tiempo... —murmuró lúgubrementes, mientras contemplaba el cadáver de la sirvienta de Moyne, en cuya frente se veía el negruzco orificio causado por un proyectil de arma de fuego.

* * *

Por la mañana, poco después de las nueve, se dirigió a cierto lugar donde sabía le pondrían un cristal nuevo en pocos minutos. Era un taller de reparaciones al que acudían numerosos policías, tanto para sus coches particulares, como con los oficiales, cuando necesitaban algún trabajo especialmente complicado.

Delante del taller había una gran explanada, destinada a estacionamiento de los coches, rodeada por una alta tapia de mampostería. Un gran portón de acero se cerraba por las noches, impidiendo así las veleidades de los aficionados a correr en automóviles ájenos.

Hart entró en el patio y se detuvo frente al barracón de oficinas. Una hermosa muchacha salió a la pequeña veranda que había en la parte anterior.

—*Slim*, eres caro de ver —saludó alegremente.

—Hola, Peggy —contestó el joven—. ¿Dónde anda el bribón de tu padre?

—Por ahí, pero... ¿es que no puedo atenderte yo?

—No me atenderás en lo que quiero, guapa.

—Estoy casada, *Slim* —rio ella.

—Sí, y ahora comprendo a los que matan por celos. En fin, Peggy, necesito que me pongan un cristal urgentemente.

—Claro, hombre.

Peggy se metió dos dedos en la boca y lanzó un penetrante silbido. Un mecánico acudió a los pocos momentos y ella le ordenó que reparase el coche del joven. Luego movió la mano.

—Entra, Slim, te daré una taza de café para que entretengas la espera.

—Gracias, hermosa.

Hart subió de un par de saltos la escalera que permitía el acceso a

la oficina y tomó asiento en una silla. El cuarto era totalmente acristalado y permitía una amplia visión de los talleres y del patio. Cuando tomaba el primer sorbo de café, vio algo que le hizo sentir un poco de extrañeza.

—¿De quién es aquel remolque, Peggy? —preguntó.

La joven se volvió para mirar en la dirección indicada.

—Ah, es la caravana del teniente Conklin. Nos la trajo hace días para que le hiciéramos algunos arreglos, porque pensaba salir de vacaciones, pero ha tenido que suspenderlas, debido al robo del *City Bank*. El hombre está que se tira de los pelos, Slim. Esto no es un robo cualquiera y no sabe cuándo podrá empezar sus vacaciones.

—De modo que al teniente Conklin le gusta viajar con la casa a cuestas —sonrió Hart.

—Así hice yo mi viaje de novios —contestó ella—. Pero nuestro remolque no era tan lujoso como el de Conklin. Por dentro parece un palacio y podría albergar sin dificultad a cuatro parejas.

—Le habrá costado un pico, supongo.

Peggy se encogió de hombros.

—No se lo pregunté, Slim. Conklin nos rogó que se la guardásemos aquí unos días y puesto que es un viejo amigo, accedimos a prestarle ese favor. La mitad de nuestra clientela son como tú, policías...

—Yo dimití el viernes por la tarde, Peggy.

—Es verdad, no me acordaba de que me lo habías anunciado. ¿Más café, Slim?

—No, gracias, encanto, ya tengo suficiente.

Una hora más tarde, Hart salía del patio con el coche convenientemente reparado. Hizo una parada en el camino, para comprar los bombones rellenos y luego tomó el camino que conducía a la casa de Winnifred Sparkston.

CAPÍTULO VIII

Aunque, indudablemente, todavía conservaba gran parte del pasado esplendor, resultaba evidente que la casa había conocido épocas mejores. Al verla por dentro, Hart pensó en las excentricidades de las personas que ya habían alcanzado cierta edad. La abuela de Amanda había guardado allí un millón en joyas, conservándolas estérilmente, sin hacer que diesen el fruto de un buen interés anual, con lo que se habrían podido conseguir notables mejoras en la casa. Y cuando al fin se decidía a vender, se las robaban...

Amanda salió a su encuentro y le tendió las dos manos, a la vez que sonreía hechiceramente.

—Bien venido, *Slim* —dijo.

—Gracias, aunque estará pensando que soy un fresco.

—Si le he de ser sincera, yo misma había pensado también en invitarle, de modo que lo único que hizo usted fue adelantarse un poco. ¿Quiere tomar algo mientras nos esperamos a que sirvan la comida?

—He traído unos bombones para su abuela...

—Está en su cuarto, terminando de arreglarse. Venga por aquí, *Slim*.

Ella le condujo hasta un saloncito íntimo. Destapó una botella y puso whisky en un vaso, que entregó al joven.

—¿Hay noticias sobre el robo del Banco? —preguntó.

—No demasiadas —contestó él—. Moyne ha muerto, ya está enterada.

—Sí, lo sé.

—Estaba complicado en el robo, ahora ya no hay duda sobre el particular —manifestó el joven—. Cuando la policía fue a registrar su casa, se la encontraron ardiendo en pompa. Seguramente, fue incendiada para borrar cualquier posible pista que Moyne hubiera podido dejar allí.

—Increíble. Parecía tan amable, tan simpático, tan persuasivo... ¿No se sabe quién lo hizo?

—Se sospecha de su sirvienta, Mattie Benn, pero la asesinaron anoche.

—¡Mattie! —exclamó Amanda—. ¡Era su esposa, *Slim*!

—¿Cómo la sabe? —se sorprendió el joven.

—Vino con él un par de veces. Guapa, pero algo adusta, aunque se esforzaba por parecer amable. Bueno, al menos se hacía llamar esposa así.

—Tal vez era sólo su amante y, a fin de conseguir una apariencia de seriedad ante ustedes, la hizo pasar por su esposa. Como sea, anoche le pegaron un tiro en medio de la frente.

Amanda se estremeció.

—¿Por qué, *Slim*?

Hart tomó un sorbo de whisky. Luego se encogió de hombros.

—Hay dos hipótesis: una, como suele decirse, «sabía demasiado». Otra, simple precaución —contestó.

—¿Precaución... de qué?

—De los ladrones del Banco. Estoy completamente convencido de que Mattie sabía muchas cosas. Si era la esposa o bien la amante de Moyne, indudablemente éste le hizo confidencias. Tal vez, al morir Moyne, se encontró con que ya no podía tener su parte de botín y la exigió... y se quitaron de en medio una molestia.

—Es horrible —comentó la muchacha—. Lo que empezó como un golpe de audacia, amenaza terminar en un baño de sangre.

—Amanda, no quisiera ser pájaro de mal agüero, pero preveo que aún se verterá más sangre —dijo Hart con aire pesimista—. Un botín de tal magnitud no puede por menos de engendrar celos y suspicacias. Y eso, inevitablemente, acaba a tiros.

—Sí, desde luego...

De pronto, Amanda miró el reloj.

—La abuela se retrasa —observó—. Subiré a darle prisa o el asado se pasará... *Slim*, sírvase más whisky, si le apetece.

—Gracias, Amanda.

El teléfono sonó en aquel momento. Amanda lo levantó, escuchó unos instantes y luego se lo tendió al joven.

—Para usted —dijo, sorprendida.

Hart sonrió y agarró el teléfono, mientras ella salía de la estancia. Wood sabía que estaría allí, ya que él se lo había comunicado, para el caso de que se presentase algún imprevisto.

—¿Capitán?

—Malas noticias. Mc Cormack falleció hace un par de años y su viuda liquidó el negocio. Ahora hay allí un bar y el dueño no tiene la menor idea de dónde puede hallarse ahora la mujer, aparte de que, me parece, ya no conservará los libros de su esposo.

—Bien, es un contratiempo, pero se puede solucionar con un poco de paciencia —dijo el joven.

—¿Cómo? —preguntó Hart.

—Alguno de los sospechosos tenía un pájaro disecado en su casa. Si mal no recuerdo, era una garza real, muy decorativa. Haga que sus hombres investiguen discretamente y...

—Entiendo, Slim. Disfrute de su banquete —se despidió Wood.

Hart colgó el teléfono y se puso un cigarrillo en la boca. Lentamente, se acercó a la ventana y contempló el paisaje.

La habitación daba a uno de los laterales del jardín, orientada al Este, precisamente en sentido opuesto a la ciudad. Hart pensó que con unos miles de dólares, se podía arreglar muy bien la casa, bastante descuidada en los últimos años. Pero, claro, eso no se lo podía decir a la señora Sparkston. Tal vez a Amanda, aunque a fin de cuentas, no era asunto suyo...

De repente, algo pasó por delante de la ventana, descendiendo a gran velocidad, y chocó contra el suelo.

Hart dio un respingo. Lo que había caído al suelo desde el piso superior era un hombre.

El sujeto estaba sentado en el suelo y trataba de incorporarse. Todavía sin salir de su asombro, Hart pudo ver que llevaba puesto un antifaz, que se le antojó ridículo, puesto que parecía propio para un baile de máscaras. Pero casi inmediatamente, reaccionó y trató de levantar el bastidor de la ventana.

El hombre le vio y, todavía sentado, sacó una pistola y abrió fuego. Hart apenas tuvo tiempo de echarse a un lado para esquivar un par de furiosos balazos. Aturdido y desconcertado, olvidó por unos instantes que tenía un revólver.

El sujeto se había levantado ya y corría desatentamente hacia la salida. Hart reaccionó y terminó de levantar el bastidor. El otro pareció presentir su acción, porque se volvió, parándose en seco y, sujetando la pistola con ambas manos, volvió a disparar más cartuchos.

Los cristales de la ventana volaron en pedazos. Saltaron astillas del marco. Hart, agachado, capeó como pudo aquel vendaval de proyectiles. Luego, cuando notó que cesaban los disparos, volvió a asomarse.

El enmascarado escapaba ya en un coche, a toda velocidad. Hart se dio cuenta de que ya no podía alcanzarle con sus balas.

Llamaría a la policía, se propuso, mientras caminaba hacia el teléfono. Repentinamente, se detuvo en seco.

El sujeto había descendido del primer piso, tirándose por la ventana. Y Amanda y su abuela estaba allá arriba...

Corrió a la puerta y la abrió de golpe. Una asustada doncella le miró con ojos llenos de pánico.

—¿Dónde está la habitación de la señora? —gritó Hart.

La mujer levantó una mano.

—Arriba..., primera puerta a la derecha...

Hart se lanzó hacia la escalera, que subió a saltos. Llegó ante la puerta, con el revólver en la mano y, muy precavidamente, la hizo girar a un lado.

Entonces contempló un espectáculo singular.

Winnifred estaba tendida en la cama, atada de pies y manos y con una mordaza sobre la boca. Amanda se hallaba en un butacón y en las mismas condiciones.

La chica le miró suplicantemente. Hart enfundó el arma.

—No te preocupes —sonrió.

Divisó unas tijeras sobre una consola y liberó a Amanda. La joven se puso en pie, frotándose las muñecas.

—Me sorprendió y no pude hacer nada... He oído tiros y tuve miedo, *Slim*.

—El tipo me vio y quiso acribillarme —contestó él, mientras procuraba desatar a la anciana—. Me pilló de sorpresa y no supe reaccionar a tiempo.

—¿Ha escapado?

—Por desgracia. Pero ¿qué era lo que buscaba ese hombre?

Winnifred ya tenía la boca libre.

—Los documentos que me dejó Moyne —contestó.

—¿Qué documentos, señora?

—Bueno, íbamos a realizar una venta de un millón de dólares. Moyne trajo una serie de papeles, que dijo eran avales de sus socios, y me los dejó para que yo los estudiase.

—Si eran avales, habría nombre —dedujo Hart.

Amanda frotaba la muñeca izquierda de la anciana.

—Contesta, abuela, por favor.

—Lo siento —dijo Winnifred—. Ni siquiera leí uno solo de esos papeles.

Hart se dio una palmada en la frente.

—Increíble...

—Pensaba llevárselos a mi abogado, el lunes pasado, pero ocurrió el robo del Banco... —se disculpó Winnifred.

—Bien, ya está hecho y las lamentaciones de nada sirven —dijo Hart—. Amanda, trata de recordar algún detalle del asaltante —rogó.

Ella se concentró unos instantes. Luego dijo:

—No sé... Llevaba ropas corrientes... Con camisa blanca y corbata, desde luego...

—¿De qué color?

—Fuerte, azul oscuro o tal vez verde... Ah, sí, un gran reloj de

oro en la muñeca derecha.

—Un reloj de oro en la muñeca derecha.

—Sí, de eso estoy absolutamente segura, Slim —respondió ella.

Una sirena policial se oyó, acercándose a la casa.

—Digan que les asaltó un ladrón, pero no se llevó nada, porque yo lo sorprendí —recomendó Hart—. En cuanto a la pistola, la usó para proteger su huida.

—De acuerdo —contestó la muchacha.

El coche de patrulla se detuvo frente a la casa. Hart empezó a pensar en el reloj de pulsera de oro, que le parecía haber contemplado tiempo atrás en la muñeca derecha de un hombre, pero, sin embargo, no conseguía fijar detalladamente ni al dueño del reloj ni al lugar donde lo había visto.

* * *

Al atardecer, cuando Hart estaba de nuevo en su casa, usó el teléfono para ponerse en contacto con el capitán Wood, sin descuidar, por supuesto, la contraseña acordada.

—Hay algo que quería preguntarle hace tiempo y se me ha pasado, sin saber cómo...

—¿De qué se trata, Slim? —inquirió Wood.

—Verá, para abrirse paso a través de la pared posterior del Banco y luego cortar el metal de la caja fuerte, tuvieron que utilizar herramientas muy sofisticadas.

—Eso es indudable. La pared fue cortada como si se tratase de mantequilla. Los expertos dicen que se empleó una sierra circular especial, con dientes de carburo de tungsteno, que tiene una dureza casi igual al diamante y, además, girando a gran velocidad. La misma sierra fue usada en la caja, aunque seguramente cambiaron la rueda por desgaste más de una vez.

—Sí, ya me imagino que usaron algo parecido. Pero eso necesita una fuente de energía eléctrica.

—Hay algunos registros en las inmediaciones, pero la distancia es un tanto excesiva. No me parece que usaran un cable que, en el mejor de los casos, debería tener más de cien metros de largo. Pero pudo suceder...

—No, no, yo no lo creo así. Más bien pienso en un generador móvil.

—*Slim*, un generador de esa clase arma un ruido infernal. Aunque la gente estuviese narcotizada hasta una milla del Banco, se habría oído mucho más lejos y alguna patrulla hubiera acudido a investigar, para detener los trabajos inmediatamente. No se puede usar un

generador por la noche, salvo casos muy específicos, y a los ladrones no les convenía usar algo que hace tanto ruido.

—Pues tuvieron que usarlo —insistió Hart—. Porque esa sierra no se puede accionar con una batería.

—*Slim*, esa gente es muy lista. No sé lo que usaron, pero lo que hemos podido apreciar, nos dice que tienen una inteligencia asombrosa.

—Nosotros no somos tontos, capitán. Otra cosa: en mi opinión, tuvieron que utilizar un camión pesado, o tal vez un vehículo especial, que lleva acoplado el generador. ¿Ha investigado este extremo?

Hart oyó un profundo suspiro al otro lado de la línea.

—Sí —contestó Wood desanimadamente—. Hemos investigado en todas las empresas de construcción y de trabajos especiales, que usan camiones y vehículos de todas clases. Primero, ninguna de esas empresas, casualmente se encuentra dentro del radio de acción del gas narcótico, lo cual excluye el robo momentáneo. Es decir, llevarse el vehículo y devolverlo una vez terminada la operación.

—Sí, entiendo.

—Y tampoco lo alquilaron para el viernes o el sábado. El sábado, muy especialmente, todos los vehículos estaban en sus parques de estacionamiento. Los vigilantes y las hojas de control así lo demuestran.

—¿Traerían el vehículo de fuera, capitán? —sugirió Hart.

—Es posible, pero tendremos que esperar a los informes de otras empresas radicadas fuera de Benton Place. Las policías de otras ciudades colaboran en lo que pueden, pero los resultados no llegarán esta noche precisamente.

—No se desanime, capitán —dijo el joven—. Le habrán informado del asalto a la casa de la señora Sparkston —añadió.

—Sí, desde luego, y celebro que no le haya pasado nada.

—Tengo una pista sobre el asaltante, señor.

—¡Vaya, eso es estupendo! —exclamó Wood.

—No tanto, capitán. Es como... ver una montaña a lo lejos y estar seguro de que se llegará a la cima, pero antes hay que encontrar el camino.

—Comprendo. Bien, muchacho, procure llegar pronto a lo alto de la montaña.

—Espero encontrar muy pronto el camino, señor.

CAPÍTULO IX

Hart se preparó una cena ligera y luego se dispuso a leer un poco, antes de meterse en la cama. De pronto, llamaron a la puerta.

Abrió, no sin antes explorar el pasillo a través de la mirilla. El visitante era conocido.

—Señor Ryan —exclamó, sorprendido.

—¿Qué tal, señor Hart? —saludó el visitante—. Perdona que le moleste a estas horas de la noche, pero su casa me pilla de paso y no quería demorar más entregarle algo que ya debiera haberle dado hace días.

Hart alzó las cejas, sorprendido, porque no comprendía qué tenía que entregarle el empleado de la «morgue». Ryan tenía en la mano una bolsa de plástico y se la pasó al joven.

—Me lo dijo el jefe —continuó Ryan—. Por lo visto, Jack Edall no tenía familia y usted fue el único que hizo algo por él, después de su muerte, y el jefe piensa que acaso usted conozca a alguien de la familia. Si no es así... bueno, lo que hay en esta bolsa no tiene apenas valor. En la billetera no hay más que unos diez o doce dólares y algunas fotografías viejas.

—Gracias, señor Ryan —contestó el joven sonriendo—. ¿No le apetece tomar una copa?

—Se me hace un poco tarde, muchas gracias. Ah, en la bolsa están también las llaves del coche de Edall. La policía lo dejó en el patio del taller de Will Beckett. No había sitio en el suyo y a veces sabe usted que Will admite coches con dificultades para sus dueños. También está la llave de su apartamento y... Buenas noches, señor Hart.

Ryan se marchó y el joven cerró la puerta. Luego fue a la sala, se sentó ante la mesita baja y abrió la bolsa para vaciar su contenido.

En la billetera encontró, además del dinero, unas cuantas tarjetas de visita y algunas fotografías ya amarillentas por el paso de los tiempos. En ellas se veía a Edall mucho más joven, con un aspecto lleno de ilusión en el futuro, junto a una bonita muchacha que sostenía en brazos un niño de pocos meses.

El vendaval del tiempo había convertido en hojas secas aquellas fotografías, llevándoselas implacablemente. Hart se sintió un poco

triste. Edall había muerto solo, sin nadie que rezase una oración junto a su tumba; había vivido solitario los últimos años de existencia, siempre con una sonrisa en los labios, pero, seguramente, devorado por una infinita amargura, que había tenido su fin en las aguas de un río, en un plácido día de principios de verano.

Al cabo de unos momentos examinó las llaves. Había cuatro, sujetas por una vulgar anilla de metal niquelado. Dos, indudablemente, eran del coche, la del contacto y la que abría las puertas y el maletero. Otra era del apartamento... ¿Y la cuarta?

Al cabo de un rato dejó todo y se fue a dormir. Por la mañana, se levantó, dispuesto a realizar por su cuenta un registro en el apartamento de Edall. Tenía la impresión de que la muerte del actor estaba relacionada con el robo del Banco, aunque no conseguía encontrar el detalle que le permitiera confirmar sus teorías. Pero cuando llegó al apartamento de Edall se llevó un chasco: ninguna de las dos llaves grandes podía abrir la puerta.

Minutos más tarde, tuvo la explicación. El conserje le informó que la cerradura había sido cambiada por orden del administrador del edificio, quien ya había puesto el apartamento en alquiler.

—No pierden tiempo, ¿eh? —dijo el joven, sarcástico, a la vez que se dirigía hacia la puerta.

Después, se marchó al taller de Will Beckett. Peggy, la hija, le recibió con el afecto de costumbre.

—Vengo a ver un coche que tenéis aquí en depósito —dijo él.

—¿Te lo llevarás?

—¿Habría inconveniente en tal caso? El mío quedó destrozado y el que uso actualmente me cuesta un ojo de la cara.

—Firmarás un documento de entrega y eso será suficiente. No hay orden judicial de retención y, en todo caso, sabemos dónde localizarte. Tú eres de confianza, *Slim* —rio la chica.

—Sí, pero te casaste con otro.

—Eres un buen amigo, pero mi esposo es el hombre más maravilloso del mundo —contestó Peggy intencionadamente.

—Que lo sea durante cien años —deseó él.

—Amén —dijo la muchacha—. Ven, te daré el coche.

Era un automóvil de varios años atrás, pero en buen estado. El motor se puso en marcha al primer intento.

—Peggy, avisaré a la compañía de alquiler para que envíen a recoger el coche que he estado usando hasta ahora —dijo Hart.

—Conforme, *Slim*.

Cuando se disponía a arrancar, Hart vio un vehículo que le llamó la atención.

—¿De quién es ese coche? —preguntó.

—De tu ex superior, el teniente Conklin —repuso Peggy.

—¿Conklin usa un «todo-terreno»? —se asombró Hart.

—Para remolcar una caravana, es lo mejor. Tiene mucha más potencia, tracción a las cuatro ruedas cuando es necesario y por dentro resulta tan cómodo como un coche convencional —explicó la chica.

—Sí, puede que sea una buena solución.

—Conklin está furioso. Hasta que no haya solucionado el robo del Banco, no podrá marcharse de vacaciones.

—Es su oficio. Adiós, Peggy.

Hart arrancó. El coche de Conklin era muy potente y remolcaría sin dificultades aquella enorme caravana de dos ejes, pensó. Salió del patio de estacionamiento y, a poco, tuvo que detenerse ante un semáforo en rojo.

Entonces pensó que no había revisado el coche por dentro. Lo primero que hizo fue abrir la guantera. Encontró un fajo impresionante de billetes de cien.

—Cinco mil dólares —calculó, pasmado de asombro.

Y, en aquel momento, supo que Edall, de un modo u otro, había estado complicado en el robo del *City Bank* de Benton Place.

El semáforo se puso en verde y detrás de él, un automovilista impaciente hizo sonar la bocina varias veces. Hart arrancó de nuevo.

Edall, complicado en el robo del Banco. Su reloj se habla quedado en el apartamento, junto con la billetera. Un reloj muy espectacular, chapado en oro..., pero, que recordase, Edall o había llevado siempre en la muñeca izquierda. En cambio, había otra persona que lo llevaba en la derecha y él la conocía.

Ahora recordaba perfectamente quién era el sospechoso del asalto a la casa de Amanda.

* * *

Dean Mars recibió al joven afectuosamente y estrechó su mano vigorosamente. Luego le ofreció una copa, que Hart aceptó gustoso. El enorme reloj de oro brillaba como una ascua en la muñeca derecha del sujeto.

—¿Viene a trabajar ya, *Slim*? —preguntó Mars.

—Todavía no, señor —contestó el joven—. Aún estoy ocupado...

—Ah, sí, el jefe Dickson me lo contó. Me pidió un favor y, naturalmente, no podía negarme a concedérselo. ¿Le preocupa algo, Slim?

Hart tomó un sorbo mientras contemplaba al hombre que tenía frente a sí, alto, gallardo, atractivo a sus cuarenta años mal cumplidos

y en excelente forma física, gracias a los deportes que practicaba con asiduidad, apenas tenía un momento libre en sus ocupaciones. Mars era un magnífico tenista, nadaba como un pez y conducía motocicletas con la pericia de un profesional, todo lo cual no le impedía ser uno de los mejores abogados de Benton Place.

—Sí, me preocupa una cosa, señor —contestó el joven—. Usted, hace tiempo, se enteró de que tenía el título y me ofreció un puesto en su bufete.

—Slim, me precio de conocer a la gente y supe muy pronto que un hombre de su clase no podía vegetar pateando las calles dentro de un uniforme azul. Pero de eso ya hemos hablado sobradamente. ¿Hay algo más?

—Ciertamente. Me gustaría saber qué hizo usted el sábado, a partir de las once de la noche y hasta las seis de la mañana.

El rostro de Mars perdió su sonrisa instantáneamente y se puso tenso.

—*Slim*, el jefe Dickson me informó de lo que pretendía, al nombrarle agente especial —contestó—. Pero de ahí, a que sospeche de mí...

—Usted sirvió en una unidad de «boinas verdes», en Vietnam.

—Nunca lo he negado y, a diferencia de otros cobardes y renegados, me siento orgulloso de haber servido a mi patria en aquel frente, y volvería a repetirlo otra vez, si fuese preciso así. Pero verá, ayer asaltaron la casa —dijo Mars orgullosamente.

—Sí, lo sé, y celebro que piense así. Pero verá, ayer asaltaron la casa de una buena amiga mía. El asaltante me disparó una sarta de tiros, que no me hirieron por milagro. Mi amiga y su abuela fueron atadas y amordazadas por aquel intruso, que se llevó unos documentos muy importantes. La chica no le vio las facciones, porque iba enmascarado, pero, en cambio, vio un reloj de oro, muy lujoso, en la muñeca derecha. Exactamente igual que usted, señor.

Mars se puso rígido.

—No soy el único que tiene un buen reloj y lo lleva en la muñeca derecha —contestó tensamente.

—El asaltante escapó, saltando por una ventana del primer piso —dijo Hart sin inmutarse—. Seguramente, se habrá cambiado de zapatos, pero tendrá en casa los que usaba ayer y en ellos, sin duda, quedarían adheridas algunas partículas de tierra. Se realizará un análisis de esas partículas, se compararán con la tierra que hay al pie de esa ventana...

Mars abrió un cajón y sacó una enorme pistola automática.

—Ayer fallé, pero hoy no pienso errar un solo disparo —aseguró.

Hart procuró dominar sus nervios. Realmente, el aspecto de la pistola infundía pavor y, por si fuese poco, leía en los ojos de Mars su decisión de eliminar un peligro a toda costa.

—Eso no solucionará nada, señor —dijo, procurando mantener una apariencia de serenidad—. Tarde o temprano los descubrirán y...

De pronto, se fijó en unos cuadros que decoraban la pared del despacho. Levantándose, se acercó a uno de los cuadros y lo contempló con gran atención.

—Es aficionado a la ornitología, ¿verdad?

—¿Qué diablos importa eso ahora? —barbotó Mars.

—Aquí veo cuadros de aves exóticas. Por casualidad, ¿tenía usted en su casa una garza real, disecada por T. McCormack?

Mars se puso lívido.

—También eso —rugió.

—Hombre de Dios, ¿a quién se le ocurre tirar un pájaro disecado contra unos cables eléctricos, sin arrancarle la placa del taxidermista? —contestó Hart.

La pistola se elevó lentamente.

—Esto se ha acabado ya, Slim —dijo.

—¿Sí? ¿Cómo justificaré mi muerte? ¿Cree que no dicho nada a nadie cuando venía hacia aquí?

Hubo un momento de silencio. Luego, Mars pasó una mano por la frente.

—Debíamos de estar locos...

—O quizá se aburrían de una existencia ya gris y monótona, carente de acciones excitantes, y decidieron divertirse un poco, además de conseguir un buen botín. Porque ni usted ni los otros pueden alegar nada acerca de conseguir una restitución de algo que les debe una sociedad rabiosamente capitalista, corrupta y decadente, cuando forman parte principal de ella. ¿Verdad que es, que «fue» así, como digo?

Mars asintió pesadamente. Todavía tenía la pistola en la mano.

—Han muerto ya varias personas —continuó el joven—. Vamos, señor Mars, usted es abogado y sabe mejor que nadie las ventajas de cooperar con la ley...

La puerta del despacho se abrió repentinamente y un par de hombres irrumpieron, pistola en mano.

—¡Quieto, Mars! —gritó el teniente Conklin—. Tire el arma.

Mars respingó, asombrado ante la inesperada entrada de aquellos dos hombres. Movi6 un poco la mano y entonces Conklin disparó un par de tiros.

—¡Oh, no! —gritó el joven, al ver a Mars derrumbándose al otro lado de la mesa.

Conklin le miró torvamente.

—Hart, no irá a decirme ahora que he hecho mal, después de que le he salvado la vida —contestó.

Los labios del joven se contrajeron. Miró al otro hombre y lo vio desconcertado, pero no con expresión reprobatoria hacia el teniente. El sargento Huggles, ayudante de Conklin, podría desaprobear íntimamente la acción de su superior, pero no lo expresaría jamás en público.

—Le doy las gracias, teniente —dijo Hart, después de unos instantes de pausa—. Sí, el señor Mars quería matarme.

—Por lo visto, fue uno de los ladrones del Banco —terció Huggles.

—Eso parece.

Hart se encaminó hacia la puerta.

—El resto queda de su cuenta, teniente —dijo.

—Váyase tranquilo, Hart —contestó Conklin.

«¡Tranquilo! Si no llega a estar presente el sargento Huggles, ahora sería yo el muerto y no el abogado Mars», pensó, mientras alcanzaba la salida del edificio.

Conklin le había estado siguiendo, no cabía duda. Pero no había podido despegarse de su ayudante, para no infundir sospechas.

En medio de todo, y aunque lamentase la pérdida de un buen empleo, la muerte de Mars tenía un significado positivo.

Los ladrones del Banco empezaban a recelar unos de otros.

Y eso era algo que podía conducir al desenmascarar a los restantes miembros de la banda y al hallazgo del botín.

CAPÍTULO X

Había reflexionado mucho durante el resto del día y al siguiente, a primeras horas de la mañana, llamó a Amanda.

—Te propongo una excursión —dijo.

—¿Adónde? —preguntó ella.

—No sé si eres aficionada a dejar sola a tu abuela...

Amanda se echó a reír.

—Winnifred sabe cuidarse sola muy bien —contestó—. Aparte de eso tiene una cocinera y una doncella...

—No se hable más. Dentro de una hora me tiene ahí, Amanda.

—Conforme, *Slim*.

Hart encontró a la muchacha más atractiva que nunca. Ella se había atado un pañuelo en torno a la cabeza y llevaba blusa y pantalones ligeros. Cuando salió de casa, Amanda sostenía con la mano derecha una cesta de mimbre.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Comida, claro. Si vamos a estar fuera todo el día... ¿O tal vez piensas volver muy pronto?

—Ah, no, no —contestó él—. Precisamente lo que pienso hacer allí me llevará mucho tiempo.

—Para pescar, además de paciencia, se necesita tiempo.

—Es que yo no voy a pescar. Peces, se entiende. Si acaso, otra cosa.

—¿Qué, *Slim*?

—Quizá el cerebro de la banca.

—Oh... Pero puede resultar peligroso —se alarmó la muchacha.

—No, porque no estará allí, si es que fue él.

—¿Quién es él?

—¿Puedes creerme si te digo que no lo sé?

—Slim, yo también te diré una cosa. No entiendo en absoluto lo que te propones.

—Te lo explicaré muy pronto. ¿Recuerdas aquel pobre actor que encontraron ahogado en el río?

—Sí, desde luego.

—Era conocido mío. No se puede decir que fuésemos grandes

amigos, pero teníamos cierta relación. El pasaba bastantes apuros...

Hart relató sucintamente la historia de sus relaciones con Edall. Luego añadió:

—El coche en que hemos venido era suyo. Además de las llaves del coche, me dieron dos más. Una de ellas era de su apartamento, pero habían cambiado ya la cerradura y no pude utilizarla. Y la otra... bien, sospecho que permitirá abrir alguna de las casas que hay por los alrededores del lugar en que lo encontraron muerto.

—¿Qué te hace sospechar la utilidad de esa llave? —preguntó Amanda.

—Cinco mil dólares.

—¿Qué? —gritó ella.

—Como lo oyes. Ayer los encontré en la guantera del coche de Edall.

—Entonces, no era tan pobre...

—No, después de haber recibido ese dinero.

—¿Por qué se lo dieron?

—Por desempeñar el papel de otra persona, que debería estar pescando y que, sin embargo, lo que hacía en esos momentos era... pescar diamantes, entre otras cosas.

Amanda hizo un gesto afirmativo.

—Ya entiendo. Edall se hacía pasar por otro, pero eso no justifica su muerte —alegó.

—Encanto, Edall se enteró de lo que iba a suceder, sospechó algo, presintió lo que podía pasar o tal vez se enteró después de cometido el robo. El caso es que, seguramente, quiso más dinero y se lo negaron.

—Eso son sólo suposiciones, Slim.

—Pero con muchas posibilidades de que resulten hechos concretos. El que mató a Edall calculó, seguramente, que si cedía ahora, tendría que continuar pagando en lo sucesivo. Y no estaba dispuesto a sentirse sometido a un chantaje continuo.

—Ahora sí lo entiendo —dijo Amanda—. Si Edall tenía que hacerse pasar por otra persona, debía habitar el fin de semana en su casa.

—Exacto. Y probaremos puerta tras puerta, hasta que encontremos la que se abre con la llave que fue al río, junto con Edall.

—Hart, el hombre que murió ayer, ¿era uno de los ladrones?

—Sí. Era el mismo que asaltó tu casa.

—Se llevó unos documentos.

—Les comprometían gravemente. Los supuestos socios de Moyne eran sus cómplices. Mars no era tan tonto como para no quemar esos papeles inmediatamente.

—Quería matarte y el teniente Conklin te salvó...

—Se salvó a sí mismo, pero sólo fue por poco tiempo. No tardará mucho en probarse que él también tomó parte en el robo.

Amanda se sintió estupefacta.

—¡Un policía... ladrón!

—Y un distinguido hombre de leyes, y un doctor en química... y los otros, sin duda alguna, son también personas de relieve y muy respetadas y consideradas en Benton Place.

—*Slim*, ¿por qué lo hicieron? —preguntó Amanda, muy impresionada.

—Por aburrimiento, pero ya puestos a la tarea, decidieron sacar provecho de su hastío.

—Un provecho de seis millones o más.

—Con lo cual, combinaban la utilidad con el placer. Prácticamente, se puede decir que sabemos quién lo hizo, Amanda.

—Entonces, ¿por qué no los detienen?

—El botín no ha aparecido todavía. Quizá alguno dé un paso en falso y eso no permitiría llegar al escondite donde guardan ese fabuloso tesoro, adornado con un millón de dólares en diamantes.

La chica suspiró.

—Si hubieran sido míos, los habría vendido mucho antes, *Slim*.

—Recobramos los diamantes y se los devolveremos a tu abuela.

—Y ella te dará una recompensa —aseguró Amanda.

—Prefiero que me la des tú —rio él.

—¿Yo? ¿Cómo, *Slim*?

Hart arrimó el coche a la cuneta y, después de pararlo, abrazó a la muchacha y la besó.

—Así, Amanda —contestó.

Ella se tocó los labios.

—Eres muy modesto —sonrió.

—Esa recompensa valdría para mí más que todos los tesoros del mundo —aseguró Hart.

* * *

Desde la loma, podían ver el río que se deslizaba perezosamente entre la arboleda. El lugar tenía cierto aire de salvajismo, que resultaba atenuado por las cabañas de recreo que aparecían aquí y allá entre la vegetación. Hart contempló el panorama unos momentos y luego echó a andar.

—Amanda, vamos a recorrer unas cuantas casas. Luego haremos un alto para tomar un bocado y después continuaremos, hasta terminar con todas las cabañas de la zona.

—¿Y si la llave no abre ninguna de las cabañas?

—Entonces, habrá que pensar que mis teorías estaban equivocadas. Pero Edall apareció muerto en este sector y si hay una cosa segura es que no pasó la noche al raso.

—Entiendo —dijo ella—. Bien, ¿a qué esperamos?

Recorrieron cuatro cabañas, cosa que les llevó una hora, aproximadamente. Cuando se disponían a suspender la labor, Hart divisó una cabaña escondida en una vaguada, a unos trescientos metros del río.

—Vamos allí —propuso.

La casa era pequeña, pero muy bien construida y se hallaba en un paraje abrigado y tranquilo. Hart subió los pocos peldaños que había antes de llegar a la veranda, insertó la llave en la cerradura y la hizo girar sin ningún obstáculo. —¡Blanco! —exclamó, vivamente satisfecho.

Amanda aplaudió entusiasmada.

—¡Premio para el caballero! —dijo.

Hart empujó la puerta y se asomó al interior de la cabaña. Estaba en perfecto orden y la decoración era cómoda y acogedora.

—Un lugar estupendo —comentó.

—Sobre todo, para una luna de miel —dijo él maliciosamente.

—Si fuese mía...

—Podríamos alquilarla al dueño, Amanda.

—Parece que das por hecho que vas a casarte conmigo, *Slim*.

—Tarde o temprano eso es lo que sucederá —afirmó él rotundamente.

—Esperemos un poco todavía, ¿no te parece?

—Sí, hay tiempo.

Hart avanzó un poco más. Ella golpeó el suelo con los tacones de los zapatos.

—*Slim*, quizá el botín está aquí escondido —apuntó. —Lo dudo —contestó él.

—¿Por qué?

—Hasta ahora, nadie sabe que la cabaña pertenece a uno de los ladrones. Pero si se llegara a saber, éste sería uno de los primeros sitios que registraría la policía.

—Si los detienen, tendrán que declarar dónde escondieron el botín —alegó la chica.

—O no. Han robado el Banco, pero no han causado daños a las personas salvo el asesinato de Mattie Moyne, y costará mucho saber quién lo hizo. Pero los demás pueden salir bien librados con unas penas relativamente breves. Entonces, callarán, esperando ser puestos en libertad algún día, para disfrutar del botín.

—Las compañías de seguros no lo permitirán, *Slim*. Esperarán a

que salgan de la cárcel.

—Puede suceder —convino él—. Pero entonces, si se ven en apuros los ladrones pueden intentar un arreglo. En tal caso, indicarían dónde está el botín, a cambio de una cierta suma, más la inmunidad por el robo. Créeme, las compañías de seguros aceptarían la propuesta a ojos cerrados.

—¿Y tú? Quiero decir, si estuviese en tus manos resolver ese dilema, ¿qué harías?

—No me avendría jamás a ningún arreglo —respondió Hart firmemente.

De todas formas, pensó, convenía echar un vistazo a la cabaña. Unos minutos más tarde, ya conocía la identidad del propietario.

—Debería haberlo adivinado mucho antes —murmuró.

—¿Qué dices, *Slim*? —preguntó ella.

—Las cosas empiezan a tener sentido. Ahora almorzaremos y luego nos volveremos a la ciudad. Lo que resta por hacer ya no es cuenta mía.

Hart volvió la cabeza, porque ella no había dicho nada. Amanda tenía la vista fija en una de las ventanas y parecía muy preocupada.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

—*Slim*, no quiero ser aguafiestas, pero he visto a un hombre, que se está acercando a la cabaña con un rifle en las manos.

* * *

Hart corrió hacia la ventana y pudo divisar movimiento de arbustos, a unos setenta u ochenta pasos. El sujeto se hallaba situado en una posición oblicua con respecto a la fachada anterior de la cabaña, pero de forma que podía dominar fácilmente la entrada. Cualquiera que intentase salir, quedaría inmediatamente bajo el fuego de su rifle.

Hart reflexionó rápidamente. El hombre no parecía dispuesto a abandonar su posición. Sin duda, esperaba que saliera, para usar el arma. Hart decidió tenderle una trampa.

—Amanda, quédate junto a la ventana, pero no te dejes ver ni te pongas por completo en medio del hueco. Basta que mires con un solo ojo, ¿entiendes?

—Sí, *Slim*. Pero ¿qué piensas hacer?

Hart no contestó. Ya estaba trabajando activamente.

Un cuarto de hora más tarde había conseguido montar un monigote, al que puso su cazadora y un sombrero blando que encontró en un perchero. Un par de almohadas formaban el cuerpo y unos pantalones viejos podían pasar por las piernas del hombre. En cuanto a la cabeza, era un cojín al que Hart había comprimido con un par de

vueltas de cuerda, encima del cual había colocado el sombrero.

—Bien, Amanda, ha llegado la hora —anunció—. Ve a la ventana posterior y ábrela sin hacer ruido. Salta fuera en cuanto oigas el primer tiro y quédate al pie, agachada y sin moverte. ¿Has comprendido?

Ella asintió en silencio. Hart agarró el mango de una escoba y lo introdujo por debajo de la cazadora, a fin de sujetar al maniquí, sin necesidad de utilizar las manos. No tenía ganas de recibir una herida que, sin ser mortal, podía dejarle en inferioridad de condiciones.

Sacó el maniquí de golpe, como si fuese él que salía resueltamente. El primer tiro sonó de inmediato.

Hart sacudió el muñeco. Sonó otra detonación y Hart retiró el mango de escoba, dejando que el señuelo cayera al suelo.

Inmediatamente, corrió hacia la parte posterior de la cabaña y saltó a través de la ventana. Amanda le dirigió una mirada ansiosa.

—Ven —susurró él, a la vez que tiraba de su mano.

Dieron la vuelta a la próxima esquina. En aquella fachada no había ventanas y Amanda no corría peligro de ser atacada por el tirador, quien seguramente, trataría de asomarse a las ventanas posteriores, cuando se diese cuenta del engaño. Hart, sin embargo, confiaba en no darle tiempo para realizar aquellos movimientos.

De pronto, sonaron pasos en el piso de tablas de la veranda. Un hombre llegó y lanzó una obscena maldición, al darse cuenta de que había abatido a un maniquí.

Con el rifle en las manos, giró en redondo, buscando con la vista por todas partes. Cuando estaba vuelto de espaldas, oyó la voz de Hart:

—Le estoy apuntando con un revólver, amigo. Tire él rifle o no saldrá vivo de este lugar.

CAPÍTULO XI

El hombre se estremeció violentamente. Hart amartilló el revólver, procurando que hiciese ruido.

—Moyné disparó contra mí —dijo, a guisa de advertencia.

—Ah, fue usted...

—Se dijo que había sido muerto por un atracador, pero era sólo una comedia, destinada a engañar a la gente. A usted le quedan dos opciones: tirar el rifle o volver a Benton Place en una camilla y cubierto con una sábana.

—¿Sería capaz de disparar contra mí, ahora?

Hart apretó el gatillo. El otro dio un salto al sentir el soplo de la bala junto a la oreja.

—¡Maldita sea! —gritó, a la vez que tiraba el rifle—. Ha estado a punto de matarme...

—¿Eran confites lo que me disparó hace unos momentos? —se burló el joven—. ¡A la pared! —ordenó conminatoriamente—. Los pies a un metro y medio bien separados...

El otro obedeció sin rechistar. Hart se le acercó con grandes precauciones.

—El percutor está levantado y apenas sujeto por mi pulgar —indicó ominosamente—. De modo que si mueve una sola pestaña, usted mismo provocará el disparo.

—No llevo más armas encima —protestó el sujeto.

—Permítame que lo compruebe por mí mismo.

El hombre tenía razón. Hart se separó un par de pasos después de registrarlo.

—Vuélvase —ordenó—. ¿Su nombre?

—Rigley Johnson —contestó el otro resignadamente.

—Ingeniero de gran competencia y prestigio, treinta y nueve años, veterano del Vietnam, donde sirvió en unidades especiales —recitó el joven—. ¿Tanto se aburrían que se les ocurrió robar el Banco?

Johnson se encogió de hombros.

—Fue un bonito golpe —contestó—. Nos divertimos mucho, créame.

—Sí, seguramente. ¿Dónde está el botín?

Johnson sonrió despectivamente.

—¿Piensa que se lo voy a decir? Usted no me va a torturar, ¿verdad?

—¿Lo haría usted, en caso contrario?

—Sin vacilar, amiguito.

—Ya. La guerra le endureció, ¿eh?

—Se ven cosas horribles, pero si uno salva la vida, lo da por bien empleado.

—Lo que pasa es que después no se resignaban a la rutina diaria, ni aunque tuviesen buenos empleos y ganasen mucho dinero. Johnson, ¿por qué no me dice dónde está el botín? Quizá, el juez, tenga en cuenta...

—¡Ni lo sueñe! —exclamó el otro ásperamente—. Hicimos juramento de callar, pasara lo que pasara, y puedo asegurarle que ninguno lo quebrantaremos.

—Eso es mucho suponer —contestó Hart flemáticamente—. Johnson, ustedes especulan con unos años de cárcel, pasados los cuales, podrán disfrutar del botín lindamente. ¿Me equivoco?

—¿Adivina los pensamientos ajenos? —sonrió el ladrón.

—Es un cálculo completamente erróneo, aunque no niego que, habiendo tomado parte en una guerra, tienen los conocimientos suficientes de táctica, como para estudiar una opción distinta, en caso de derrota o retirada forzosa. La cárcel era esa opción y, no habiendo hecho daño a las personas, podían salir relativamente bien librados. Pero ¿creen que las compañías de seguros les dejarían en paz, una vez cumplida la condena?

—Tal vez aceptarían perder una parte del botín, contra la entrega de la mayor parte.

—Otra alternativa para caso de derrota —dijo Hart—. Pero ya no les sirve, Johnson.

—¿Por qué?

—Mattie Moyne fue asesinada. Lo hizo uno de ustedes porque, seguramente, temió que se fuese de la lengua. Por tanto, les considerarán cómplices de ese asesinato y sufrirán una pena de muchos años de prisión.

Johnson se sintió inquieto repentinamente.

—Yo no lo hice, desde luego —se defendió.

—¿Quién fue, en tal caso?

—Lo siento.

—No quiere contestar, ¿eh?

—No puedo. He hablado con los otros y todos me aseguraron que eran inocentes.

—En eso se equivoca, Johnson.

—¿De veras?

—No puedo probarlo, ni siquiera estoy seguro, pero apuesto algo bueno a que conozco al asesino de Mattie.

—¡No me diga! —se burló Johnson.

—Sí, sí, tómesele a broma. Llorará cuando el juez le arroje sobre las espaldas un montón de años de cárcel. Aunque es muy probable que lllore mucho antes.

—Me está contando un cuento de miedo, Hart.

—Si yo estuviese en su pellejo, sentiría miedo de veras. Sobre todo, después de saber lo que le pasó ayer a Dean Mars.

Johnson se mordió los labios. Hart apreció en él una notable inquietud.

—Mars había perdido la cabeza e iba a cometer una imprudencia. Conklin le salvó a usted la vida, no lo niegue.

—Sí, sí, Conklin —dijo el joven socarronamente. De pronto, ladró una orden áspera—: ¡Vuélvase, ahora mismo!

Johnson obedeció maquinalmente. Cuando quiso darse cuenta, ya tenía las muñecas sujetas por unas argollas de acero.

—¡Eh, usted no puede hacer eso! ¡Ya no pertenece a la policía! —protestó airadamente.

—¿Está seguro? —dijo el joven.

—Simuló su dimisión...

—La dimisión fue auténtica. Pero ustedes se enteraron inmediatamente, apenas Mars dio su permiso para que yo me incorporase a su bufete cuando hubiese terminado el caso. Eso, sin contar con los sistemas de escucha que había montado Conklin.

—Sabe muchas cosas —admitió Johnson rabiosamente—. Pero ¿qué podrá probar?

—Eso ya lo veremos...

—Mientras no encuentre las joyas, no tendrá pruebas contra nosotros. Y no las encontrará, puedo garantizárselo.

—Están bien escondidas, ¿eh?

—Hart, ya no pienso hablar más hasta que tenga a un abogado junto a mí —dijo Johnson.

—Está en su derecho —reconoció el joven—. ¡Amanda!

La muchacha se hizo visible.

—¿Slim?

—Tengo hambre —dijo el joven alegremente—. ¿Qué tal si almorzamos?

—Slim, yo no podría pasar bocado...

—En cambio, a mí, esta conversación me ha abierto el apetito.

Y se volvió hacia su prisionero, dirigiéndole una amplia sonrisa.

—Johnson, nos perdonará que no le invitemos a comer, ¿verdad?

Johnson emitió un bufido. Hart le hizo señas de que se pusiera en marcha. Luego recogió el rifle y guardó el revólver.

—No intente correr —advirtió al sujeto—. Las balas son siempre más rápidas que las piernas.

Amanda se había tranquilizado ya bastante, aunque le parecía hallarse sumergida en una situación irreal, donde nada parecía ser cierto. Al cabo de unos momentos, dijo:

—*Slim*, todavía, sin embargo, no me ha dicho a quién pertenece la cabaña en que hemos estado.

—Pertenece al jefe de la banda —contestó él.

—Sí, pero ¿quién es?

—Un hombre con mucho ingenio, ¿no es cierto, Johnson?

El hombre contestó con un gruñido. Poco después, llegaban al lugar donde habían dejado el automóvil. Hart llevó al prisionero hasta un álamo de tronco delgado, junto al que le hizo situar de espaldas. A continuación, soltó una de sus esposas y luego volvió a colocársela, pero con ambas manos a la espalda, de modo que los brazos quedasen rodeando el tronco. Al terminar, dirigió una brillante sonrisa a Johnson.

—Amigo, tendrá que perdonarnos, pero no podemos consentir que nos estropee la velada —dijo.

—Tiene usted un magnífico sentido del humor —contestó Johnson—. A pesar de todo, le convendría ser un poco más modesto.

—¿Debo entender sus palabras como una velada amenaza?

—Si no es tonto, adivinará lo que he querido decirle.

—Y usted, que tampoco es tonto, debiera pensar en la conveniencia de cooperar. Yo sé quién es ya el jefe y también conozco la identidad de otro de los miembros de la banda. Pero si usted pronunciase sus nombres, yo me sentiría inclinado a decir que los detuve gracias a su colaboración.

—Nunca —respondió Johnson firmemente—. Oiga, estuvimos en Vietnam y lo que ha pasado aquí es un juego de chiquillos, comparados con las cosas que hicimos allí. A Moyne, por ejemplo, lo capturaron una vez y quisieron hacerle hablar, metiéndole astillas de bambú bajo las uñas. No dijo ni una sola palabra. Todos nosotros éramos así, tipos verdaderamente duros, terriblemente eficientes. Con decir que los vietnamitas, que no temían ni a Dios ni al diablo, escapaban cuando no sabían en sus inmeditaciones...

—Sí, puede que lo que dice sea cierto —contestó el joven sin inmutarse—. Pero en esta ocasión, cometieron el error de considerar que se hallaban nuevamente en el Vietnam.

—¿Un error? —protestó Johnson indignamente—. Fue una operación perfecta.

—Si lo hubiera sido, usted no estaría ahora ahí atado al árbol ni habría intentado quitarme de en medio con un rifle. Amanda, encanto, ¿cómo es que no has extendido todavía el mantel?

La muchacha, que asistía muy interesada al diálogo entre los dos hombres, se sobresaltó.

—Pero, ¿es que hablabas en serio cuando decías que íbamos a almorzar? —se asombró.

—Yo, sí; tú haz lo que quieras —contestó Hart sin dejar de sonreír.

* * *

La sorpresa del capitán Wood fue enorme cuando vio entrar a Hart en su despacho, acompañado de una bonita muchacha y de un hombre con las manos atadas a la espalda.

—Capitán, tengo el gusto de presentarle a uno de los miembros de la banda que robó el *City Bank* —dijo el joven sin más preámbulos.

Wood miró primero a Hart, luego a Amanda y, finalmente, tendió la vista hacia el prisionero.

—Rigley Johnson, supongo —dijo.

—En efecto, capitán —confirmó Hart.

—Quiero que llamen a mi abogado inmediatamente —exclamó Johnson—. Este chico, con cabeza de chorlito, me acusa de algo que no he hecho jamás y pienso presentar una demanda contra el Departamento, por arresto ilegal...

—Johnson —dijo el joven suavemente—, olvida que admitió haber tomado parte en el robo y que tengo un testigo que le oyó decirlo.

Ella movió la cabeza afirmativamente. Luego dijo:

—Soy parte en este asunto. A fin de cuentas, nos robaron un millón de dólares en joyas.

Entonces, Johnson pareció desmoronarse y toda su arrogancia desapareció en unos instantes.

—Está bien, hablaré, pero con mi abogado al lado —manifestó.

—Es su derecho —repuso Wood simplemente.

Acto seguido, Wood tocó un timbre y un sargento de policía apareció a los pocos segundos.

—Bielaski, llévase a este hombre y haga que lo encierren, acusado de haber tomado parte en el robo del *City Bank*.

—Sí, señor.

—Permita que llame a su abogado, Bielaski. Cuando llegue,

tómele declaración.

—Bien, capitán.

Johnson se encaminó hacia la puerta del despacho. Antes de salir, se detuvo un instante y miró a la muchacha.

—Señorita, créame, yo desaconsejé el asunto de las joyas —dijo.

—Pero nos engañaron —alegó ella.

—Cuando estudiamos el plan, las decisiones se tomaban por mayoría y yo fue el único en votar contra ese tema.

—Gracias. Sin embargo, comprenderá, no puedo hacer nada por usted.

—No se lo pido —sonrió Johnson—. De todos modos, la pena no será muy grave.

—A menos que indique dónde están las joyas, puede encontrarse con una sentencia que le hará salir de la cárcel dentro de veinte años —advirtió Hart.

Johnson se volvió hacia el joven.

—Usted dice que hemos cometido errores y es posible, pero hay algo que debe tener muy en cuenta: juramos no delatarnos, pasara lo que pasara...

—Mars empezaba a flaquear. Parecía haberse olvidado del juramento.

Johnson sonrió.

—En tal caso... sabía a lo que se exponía —contestó.

Bielaski se llevó al prisionero. Hart se encaró de nuevo con Wood.

—Sé quién es el jefe de la banda, señor —dijo.

—Lo ha averiguado ya, ¿eh?

—En efecto. Quisiera que me permitiera ir a arrestarlo yo mismo. No tengo deseos de figurar ni de ganar fama, pero quiero hablar un poco con él antes de traérmelo detenido.

—Si se lo deja escapar, le costará caro, *Slim*.

—No escaparé, puedo asegurárselo.

—¿Hay más miembros de la banda? —preguntó Wood.

—No, señor. El jefe y otro, pero a éste lo tiene usted al alcance de la mano.

—Comprendo. Haré que lo vigilen. Tráigame al jefe, *Slim*.

—Desde luego, pero me gustaría llevar protección. Preveo que la entrevista puede resultar borrascosa. ¿Puedo pedirle al sargento Huggles que me acompañe?

—Desde luego —accedió Wood.

Fuera del despacho, Amanda miró al joven aprensivamente.

—Me gustaría ir contigo...

—Puedes venir, pero te quedarás fuera, en la calle, aguardándome

en el coche. Ya has corrido hoy bastantes riesgos y no puedo permitir que vuelvas a arriesgarte.

—Está bien, te aguardaré en la calle. Pero sé cuidadoso...

—Ahora más que nunca —contestó Hart, mientras se inclinaba para besarla en una mejilla.

CAPÍTULO XII

Lyndon Bryce estaba todavía en su despacho del Banco y, en un principio, se negó a recibir al joven, pero Hart, prevenido, había hecho que el jefe Dickson telefonease al director del Banco. Bryce, por tanto, hubo de resignarse a la entrevista.

—Tengo mucho trabajo —manifestó—. Procure ser breve, señor Hart; el robo del Banco nos ha creado una cantidad de problemas, como no es capaz de imaginarse.

—Sí, me lo imagino fácilmente —dijo el joven, a la vez que se sentaba desenvueltamente y cruzaba las piernas—. Además de los problemas lógicos del Banco, tiene usted ahora otros personales y, me parece, son de una solución muchísimo más fácil.

—¿Qué quiere decir usted? —preguntó Bryce.

—Oh, vamos, vamos, no trate de hacerse el desentendido. Sabe perfectamente que le he descubierto, que sé es el jefe de la banda que robó su propio Banco, de modo que, ¿por qué no poner todas las cartas boca arriba y hablar con claridad desde el principio?

Bruce sonrió. Puso los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos de las manos.

—De modo que nos ha cazado —dijo.

—No me gusta la frase, pero no tengo inconveniente en que la emplee —respondió Hart—. Dígame una cosa: ¿cómo se les ocurrió el robo del Banco? ¿Fue aburrimiento? ¿Echaban de menos la vida azarosa del frente de combate?

Los ojos de Bryce se entornaron.

—Puede que haya una importante parte de verdad en lo que ha dicho —contestó—. Sí, echábamos de menos la acción, la excitación previa a la batalla... y el relajamiento y la alegría y la diversión después de la lucha. Pienso que, en el fondo, no habíamos sabido adaptarnos a una vida fácil y sin complicaciones.

—Sin embargo, todos habían progresado en su profesión. Tenían buena posición, estaban bien considerados, ganaban dinero suficiente...

—Hart, usted no nos comprende ni creo que llegue a comprendernos, aunque viva mil años. ¿Sabe lo que disfrutábamos, cuando hacíamos los planes para el robo? No tiene la menor idea de la

diversión que suponía para nosotros discutir los menores detalles, estudiar los movimientos ajenos, calcular el tiempo que haría la noche elegida, preparar el corte de los sistemas de alarma...

—Y luego, naturalmente, la emoción suprema llegó en el momento de poner las manos a la obra.

—¿No lo hicimos maravillosamente bien? —sonrió Bryce.

—Sobre eso, habría mucho que discutir. Pienso que muchos de los detalles fueron verdaderamente chapuceros.

Bryce respingó.

—Hombre, Hart, no nos denigre de ese modo —protestó—. A nadie se le habría ocurrido...

—Puede, pero yo pienso que unos delincuentes profesionales lo habrían hecho infinitamente mejor.

—A ver, explíquese —pidió el director del Banco.

—Se lo dije hoy a Johnson... Por cierto, ¿sabe que ya está arrestado?

Las cejas de Bryce se arquearon.

—Me parece increíble —manifestó—. Era un hombre capaz de dar un susto mortal al vietnamita más avezado a la jungla...

—Pues ya ve, hoy se portó como un soldado novato. Es cierto que disparó dos veces, pero lo único que consiguió fue derribar un maniquí vestido con mis ropas.

—Hemos perdido facultades —dijo Bryce pesarosamente, mientras movía la cabeza—. Pero Johnson no hablará...

—Oh, no importa. Tengo pruebas, pero de eso hablaremos en su momento —dijo el joven—. Estábamos hablando que algunas partes de la operación resultaron verdaderas chapuzas.

—¿Por ejemplo...?

—El pájaro disecado. A Mars no se le ocurrió quitar del ala de chapa con la dirección del taxidermista. Tampoco cambió los cuadros de aves de su despacho... Puestos a emplear un pájaro para provocar el cortocircuito, ¿por qué no se procuraron un ganso o un ánade vivos? Así, los nombres de la compañía de suministro eléctrico no habrían entrado en sospechas.

—Un grave error, no cabe dudas —admitió Bryce—. ¿Cometimos más errores?

—Sí. Creyeron que estaban en Vietnam, donde podían dar un golpe de mano y arrasar una posición enemiga, siendo después recogidos por los helicópteros. Entonces, no les importaba dejar rastros, porque el enemigo sabía ya quién era el autor del ataque. En Sentón Place debieron haber hecho lo mismo.

—No se encontró una sola huella en la explanada del Banco —dijo Bryce orgullosamente.

—Yo encontré la huella de una botella de gas en la barrancada —dijo Hart—. Fue el día en que Moyne quiso matarme. Pero no se puede dormir a media ciudad sin que, inevitablemente, salga a relucir en un momento u otro.

—Si no hubiera sido por el robo del Banco, nadie lo habría advertido.

—Quizá, pero el caso es que el Banco fue robado. Dígame, ¿quién mató a la mujer de Moyne?

—Lo sé, pero no se lo diré, Hart.

—¿Pedía dinero? ¿Amenazaba con revelar secretos comprometedores? ¿Lo ve? La señora Moyne era otro rastro comprometedor. Tuvieron que eliminarla, claro, después de haber pegado fuego a su casa, para evitar que la policía pudiera encontrar datos que podían delatarles.

»Otro de los rastros fueron los documentos que Moyne entregó a la señora Sparkston, con los nombres de unos supuestos socios, que avalarían la compra de las joyas. Moyne no los tenía en casa y Mars tuvo que arriesgarse para recuperarlos. Cuando asaltó la casa de la señora Sparkston debió haberse quitado el ostentoso reloj de oro, que llevaba en la muñeca derecha.

Bryce volvió a sonreír.

—Usted es un policía con pocos años de servicio, pero, sin embargo, muy observador. Si ahora yo le pidiera que me contase los errores que he podido cometer personalmente, ¿me lo diría?

—Con muchísimo gusto —accedió el joven—. En primer lugar, yo no reparé entonces, usted se puso unos lentes de color al «entrar» en el bar llamado *Bong'*, no al «salir». Los anzuelos y señuelos de su sombrero de pesca eran para truchas, y los que llevaba el pobre Jack Edall eran para róbalo. Edall se hizo pasar por usted, por si alguien le veía pescando, mientras que usted se quedaba en la ciudad, para dirigir el golpe.

—No son pruebas definitivas —alegó Bryce—. Dudo mucho de que un jurado las admitiese. Nadie puede probar que yo estuve en la ciudad mientras se cometía el robo.

—Tal vez —convino Hart—. Pero si hay una prueba que puede condenarle de forma irremisible. Sin embargo, antes de decírselo, quiero saber qué usaron para romper la pared y el metal de la caja fuerte.

—Johnson nos proporcionó unas herramientas especiales. Si se dispusiera de tiempo suficiente, podrían cortar la Tierra en dos mitades —respondió el director del Banco con una nota de orgullo en la voz.

—¿Y el gas narcótico?

—Obra de Moyne. Era un químico muy notable. Dio resultado, ¿verdad?

—Cierto —admitió Hart—, Oiga, ¿dónde tienen el botín?

Bryce sonrió desdeñosamente.

—No se lo diré, y puedo garantizarle que no lo encontrará ni aunque esté buscando cien años seguidos —respondió.

—Emplearon un vehículo muy potente para mover las herramientas, ¿verdad? Porque una cosa es segura: no usaron un generador móvil.

—A eso ya no le responderé, Hart. Si mal no recuerdo, antes dijo que tenía una prueba definitiva contra mí. Y jamás podrá demostrar que estuve en la ciudad...

—Pero estuvo en Nort Blanca y mató a Edall, cuando éste, seguramente, le pidió más dinero.

Bryce se puso rígido.

—No puede probarlo —protestó.

Impasible, Hart sacó algo del bolsillo y lo mostró en alto.

—Para que desempeñase exactamente su papel, usted le prestó la llave de la cabaña. Cuando lo golpeó y lo arrojó después al agua, no se le ocurrió registrarle los bolsillos y recobrar la llave. Tengo un testigo que me ha visto usarla con plenos resultados, y dos más, que la vieron en los bolsillos de Edall, uno de los cuales, por cierto, me las trajo a casa con las llaves de su coche y la de su apartamento. Si eso no es una prueba...

Bryce pareció hundirse en su asiento. Estuvo callado unos momentos y luego, reaccionando, dijo:

—Hart, lo siento, no me queda otro remedio que matarle. Porque usted no me va a entregar la llave de buen grado, ¿verdad?

—No, no se la daré —contestó el joven.

Bryce metió la mano en uno de los cajones de su mesa. Cuando sacaba un revólver, Huggles hizo fuego desde la puerta entreabierta.

Se oyó un grito ahogado. Bryce tiró el arma y se desplomó sobre el sillón.

Hart se levantó de un salto y se acercó al sujeto. Bryce tenía los ojos cerrados, pero los abrió al cabo de unos instantes.

—No encontrarán... jamás... el botín...

Hart apretó los labios. Bryce dobló la cabeza a un lado y se quedó inmóvil.

—Lo siento, señor —se disculpó Huggles—. Tuve que hacerlo...

Hart meneó la cabeza.

—No se le puede hacer ningún reproche, sargento —contestó.

Huggles se quedó para llamar a una ambulancia. Hart salió lentamente del despacho.

Amanda le miró con ansiedad desde el coche. Hart llegó junto al vehículo, se sentó y apoyó ambas manos en el volante.

—Bryce ha muerto. Quedan dos, uno de ellos preso, pero el otro es un tipo verdaderamente duro y no hablará —murmuró.

—Entonces, no se encontrará jamás el botín —dijo ella.

—Será muy difícil. Debe de estar tan bien escondido...

Hart apretó los labios. Mentalmente, repasó todos los acontecimientos ocurridos a partir del momento en que le encomendaron buscar a los ladrones del Banco. El apagón del viernes, el profundo sueño del sábado, los procedimientos empleados para cortar la pared y el metal de la caja fuerte, los vehículos empleados, ninguno de los cuales parecía haber tenido características especiales, el generador silencioso... «¿Un generador silencioso? ¡Imposible!», pensó.

Y si no habían empleado vehículos especiales, ¿cómo habían transportado el botín? Los coches particulares de los sospechosos habían sido registrados a fondo, sin que sus dueños se enterasen. Ni siquiera el «todo-terreno» de Conklin había sido exceptuado del registro.

Entornó los ojos. Amanda le contemplaba expectantemente, sin atreverse a interrumpir sus reflexiones.

—El «todo-terreno» —repitió en voz alta—, ¡Claro! —gritó—. Ese tipo de coches puede ser empleado para muy diversos usos: como generador, como cabrestante para izado o remolque de objetos pesados, para mover sierras u otras herramientas... y también para remolcar...

De repente, dio el contacto y pisó el acelerador. Amanda presintió que el joven había encontrado la solución.

—¡Slim! ¿Adónde vamos? —preguntó.

—¡A recuperar las joyas de tu abuela! —contestó él, exultante de alegría.

Tenía en el coche farol rojo y sirena, Amanda se encargó de colocar el farol rojo. Hart conectó la sirena.

Un poco más adelante, vieron un coche patrulla. Hart hizo señas a sus ocupantes para que le siguieran. El vehículo policial arrancó inmediatamente detrás de ellos.

Pocos minutos más tarde avistaron el taller de Will Beckett. Un coche se disponía a salir en aquel momento, llevando de remolque una enorme caravana. Hart pisó el freno a fondo, a la vez que hacía girar el volante hacia la derecha, y atravesó el coche ante la puerta.

El conductor del «todo-terreno» se asomó, profiriendo coléricas interjecciones contra el imprudente que le cerraba el paso.

Hart saltó al suelo y encañonó al conductor con su revólver.

—Teniente, apéese, con las manos separadas del cuerpo, y no me

obligue a disparar.

Conklin le dirigió una furibunda mirada.

—Está bien, pero se equivoca...

Los otros policías se mantenían a corta distancia, con las armas en la mano, desconcertados por lo que estaban viendo. Hart esperó a que Conklin se hubiese apeado del coche y luego arrancó las llaves del tablero.

—¡Amanda! —llamó.

La muchacha salió del coche. Hart le tiró las llaves.

—Abre el remolque, ¿quieres? —dijo sonriendo, pero sin quitar la vista del rostro de Conklin.

—Ahora mismo, *Slim* —contestó la muchacha.

Hart hizo una señal a los policías.

—Acompañen a la señorita Rowe, por favor.

Conklin inspiró profundamente. Luego meneó la cabeza.

—El jefe Dickson tenía razón. Se necesitaba un hombre sin prejuicios, sin hábitos rutinarios...

De pronto, sonó un agudo grito:

—¡Slim, esto parece la cueva de Alí-Babá! —exclamó Amanda.

Hart movió la mano izquierda, para llamar a uno de los policías.

—Póngale las esposas —ordenó.

Conklin no opuso resistencia. Miró al joven y sonrió.

—Pero fue una preciosa operación, ¿verdad?

—Murió una persona inocente —acusó Hart.

—Lo hizo Mars. Y respecto a su muerte, usted no podrá acusarme...

—Deje ahora las especulaciones, Conklin. Todo lo que suceda a partir de ahora es cuenta de otras personas —contestó Hart.

Amanda continuaba junto a la puerta del remolque. Algunos de los operarios del taller se acercaron, atraídos por la curiosidad. Peggy llegó también a la carrera.

—*Slim*, ¿qué ha pasado? —exclamó.

—Hola, Peggy. Tenías en tu patio el botín del *City Bank*, ¿sabes?

—¡Jesús! —se pasmó la joven.

Uno de los policías estaba llamando ya a la Jefatura. El otro hizo que Conklin entrase en el coche de patrulla.

Hart se acercó a Amanda. Peggy tenía medio cuerpo dentro del remolque.

—Cielos, esto parece el tesoro de unos piratas —exclamó—. *Slim*, ¿quién es esta chica tan preciosa que tienes al lado?

El joven pasó un brazo por la cintura de Amanda y sonrió.

—La futura señora Hart —contestó.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.